

EL PESADOR

clark carrados

CLARK CARRADOS

EL PESADOR

Colección Espacio el Mundo Futuro/368

I

La pequeña nave descendió lentamente sobre la llanura, azotada por las ráfagas de metano. Los invisibles chorros antigravitatorios la sostenían con la misma suavidad que la mano de una madre sostiene el cuerpecito de su hijo.

A seis metros del suelo, el sensible altímetro hizo funcionar automáticamente un servomotor, que desplegó tres fuertes patas sustentadoras. Las bases de las patas eran anchas y planas y se apoyaron en el revuelto suelo, cubierto de metano y amoníaco helados.

El cielo era gris. De cuando en cuando, una racha de gas golpeaba con fuerza los costados de la espacio-nave, de forma lenticular y de unos veinte metros de diámetro. En la parte superior, se divisaba el círculo de ventanillas redondas, a través de las cuales podía ser observado el panorama a ojo desnudo.

Minutos más tarde, una escala desplegó automáticamente.

Se abrió una escotilla, y un hombre, provisto de escafandra de vacío, descendió por la escala, llevando en la mano una caja oblonga, de unos sesenta centímetros de largo, por cuarenta de ancho y veinte de grueso.

Dejó la caja, que más parecía una maleta, a treinta metros de la nave, casi justo en el límite visual. Regresó a la, nave e hizo dos viajes más, transportando sendas cajas en cada uno, de distinto tamaño todas.

Fron Derr bajó la vista y consultó el termómetro que tenía en el cuadro de mandos pectoral, adherido a su grueso traje de vacío. La temperatura era de —123°. Movió la cabeza.

Presionó un botón de dicho cuadro de mandos. La temperatura interna de su traje subió 5o grados más. Aunque hubiese podido respirar fuera de la nave, sin traje espacial, se habría congelado instantáneamente.

Abrió las cajas y sacó parte de los instrumentos que tenía en ellas. Indiferente a lo que ocurría a su alrededor, empezó a trabajar.

El tiempo pasó con rapidez.

Algunos de los instrumentos estaban dotados de pantallas, en las que se reflejaban las observaciones que se realizaban. Mientras

actuaba, Fron Derr hablaba tranquilamente, modulando bien sílabas, palabras y frases. Todo lo que hablaba era recogido en el hilo de una grabadora, del que se sacarían luego más copias, una de ellas, por lo menos, escrita, con las observaciones realizadas.

De repente, Fron Derr soltó un taco.

¡ Demonios!

Y, acto seguido, empezó a recoger sus instrumentos a toda prisa.

Tengo que largarme de aquí cuanto antes o mi Gremio sufrirá una importante baja.

Cerró una maleta y la llevó corriendo a la nave. Regresó y transportó la segunda. Volvió en busca de la tercera.

Entonces una gran luz disipó la tétrica penumbra por unos momentos.

Fron Derr miró hacia el lugar donde se había producido el resplandor, de forma globular y color anaranjado. Dos segundos después, estalló, otra bola de fuego similar a la primera.

Fron Derr calculó que la luz se había producido a unos centenares de metros de distancia. Manejando la radio de su traje de vacío, llamó:

¡ Eh! ¿Quién anda por ahí?

Nadie contestó a sus llamadas. Derr no se atrevió a moverse de las inmediaciones de la nave.

Se encontraba en una amplia llanura, cubierta de gases helados, sin otro punto de referencia que su propia nave. Alejarse a más de cincuenta o sesenta metros, era tanto como exponerse a extraviarse en aquel desierto y morir, naturalmente.

Con los nervios en tensión, esperó un minuto más.

Le daré otros sesenta segundos —soliloquió—; es todo cuanto puedo esperar.

Medio minuto después, entre las brumas apareció una figura humana que corría hacia él. Fron Derr agitó una mano, indicándole que se diera prisa.

El individuo llegó a su lado segundos más tarde.

Señaló con la mano la antena de su casco, como dando a entender que la radio no funcionaba. Fron Derr señaló la nave y movió la mano derecha en círculo varias veces, con gestos rápidos.

Agarró la maleta y echó a correr. El otro le siguió a la carrera.

Entraron en la esclusa. Derr cerró la compuerta externa y las

bombas expulsaron primero los gases que habían quedado y después llenaron la esclusa de aire puro. A continuación, abrió la compuerta interna.

Entonces, al franquear el umbral, se dio cuenta de que el desconocido se había quitado el casco del traje espacial y que era propietario de una brillante y frondosa cabellera rubia.

Gracias por haberme salvado la vida —dijo ella—. Me llamo...

Derr se estaba levantando el casco.

Ahora, no — la interrumpió en tono seco —. Las ceremonias sociales para más adelante o no lo contaremos. Siéntese ahí, pronto — ordenó en tono imperativo.

Ella obedeció. Derr se sentó en el sillón contiguo, frente al tablero de mandos.

Sus manos manejaron hábilmente los controles. Unos segundos más tarde, las patas sustentadoras se retraían y el aparato ascendía verticalmente en dirección al espacio.

Los sillones antichoque amortiguaron la aceleración. En pocos momentos, la nave abandonó la espesa capa de brumas que cubría la superficie del planeta y salía al espacio diáfano y sin obstáculos visuales, donde las estrellas brillaban con gran fulgor.

Derr continuó pilotando la nave, hasta situarla a una distancia de dos millones de kilómetros del planeta, distancia que recorrió en un tiempo record. El planeta parecía un disco plateado, visto desde el espacio.

Podían observar el planeta a simple vista y a través de una gran pantalla televisora, situada sobre el cuadro de mandos, que agrandaba muchísimo las imágenes. La nitidez de la reproducción facilitaba las observaciones visuales.

El planeta estalló de repente.

Primero se abrieron unas enormes grietas, de miles de kilómetros de longitud, que se ensancharon con increíble rapidez. Las grietas se multiplicaron numerosas veces. Enormes fragmentos, grandes como continentes, saltaron disparados al espacio.

El fenómeno se produjo con aparente lentitud, pero todo sucedió en menos de diez minutos. Parecía como si hubiese colocado una bomba de potencia gigantesca en el núcleo central del planeta y su explosión se hubiese producido y registrado a cámara lenta.

El planeta se dispersó por el espacio en infinidad de pedazos, la

mayoría de los cuales eran invisibles a ojo desnudo. Algunos, en cambio, podían ser captados a simple vista y volteaban lentamente, en busca de su órbita definitiva, sujetos a las invisibles atracciones de otros cuerpos celestes de tamaño superior.

Mientras tanto, Fron Derr no había descuidado el gobierno de la nave, ganando distancia con rapidez, a fin de evitar el impacto de alguno de aquellos fragmentos, que habría destruido el aparato sin remisión.

Al fin, Derr estableció una órbita definida, conectó el piloto automático y se puso en pie. La cabina poseía la suficiente amplitud para poder moverse sin dificultad.

Ella le dirigió una mirada de gratitud.

Estoy viva gracias a usted, señor...

Derr, Fron Derr — se presentó él.

Mi nombre es Zoé Lossath.

Encantado, Zoé. ¿Quiere asearse? La nave dispone de alojamientos para cuatro personas, aunque por lo general la utilizo yo solo. Cuando haya terminado, tendré preparada la comida. Me imagino — sonrió Derr — que tendrá apetito.

Sí, mucho, Fron.

Se puso en pie. Derr le indicó una cabina y cerró la puerta tras ella, preguntándose qué podía hacer una mujer sola en un planeta que estaba a punto de estallar.

Había salvado la vida por puro milagro. Unos minutos más y...

Sacudió la cabeza. ¡Bah!, no tenía interés pensar en lo que había podido suceder, sino que lo que había

sucedido en realidad.

Se despojó del traje de vacío. En la pequeña cocinilla de la nave, un minúsculo departamento, que era más bien la alacena donde guardaba las provisiones almacenadas, preparó la comida: ensalada, filetes, frutas y crema, todo deshidratado.

La cabina de mandos hacía también de salón. Presionó un botón con el pie y una mesa y dos sillas brotaron del suelo.

A continuación trajo dos peras de plástico con agua, y un rociador, que despedía el líquido finamente pulverizado.

Los alimentos ocupaban un mínimo de espacio en los platos. Parecían tabletas, pero, al recibir la rociada de agua, aumentaban de volumen hasta adquirir el correspondiente a su estado normal. El

aspecto no podía ser más apetitoso.

En aquel momento, regresó Zoé.

La joven se había despojado del traje de vacío y llevaba el que se usaba corriente debajo, de una sola pieza, que en su caso era de color azul fuerte. Tenía una buena estatura y el vestido, ajustado, como todos los de su estilo, modelaba con firmeza las esbeltas líneas de su cuerpo. De alguna parte que no se le alcanzó a Fron, había sacado una cinta roja, con la que se sujetaba los cabellos en la nuca.

Sonreía al avanzar hacia la mesa.

— ¡Mmmm...! ¡Eso tiene un magnífico aspecto! — elogió—. Y yo desfallezco de hambre...

Se interrumpió de pronto, a la vez que la sonrisa se borraba de sus labios.

Sus ojos acababan de captar el escudo de esmalte negro, con una P dorada en su centro. El escudo se hallaba en el lado izquierdo del pecho de Fron Derr.

¡ Es usted un Pesador! — exclamó, muy seria.

Así es — admitió Derr sin rebozo.

II

Se separaron en el astropuerto de Frahannia.

El viaje no había sido muy largo; en realidad, había durado un tiempo inferior a dos semanas.

Pero durante ese tiempo, Fron y Zoé habían observado entre sí las mínimas relaciones que la cortesía exigía para dos personas que viajaban solas, y juntas, en el reducido espacio de una astronave de pequeño tamaño.

Al despedirse, Zoé no le dio la mano.

— Lo estoy muy agradecida por haberme salvado la vida, Pesador — fue todo lo que le dijo.

Y tras una leve inclinación de cabeza, giró sobre sus talones y se marchó.

Fron Derr no se inmutó.

Estaba acostumbrado al trato que daba la gente a los de su oficio. Encogiéndose de hombros, recogió la grabadora donde tenía los informes registrados, tomó el libro de órbitas y un pequeño saco con sus efectos personales, y se dirigió hacia la salida del astropuerto.

Las altas torres de Frahannia se divisaban a lo lejos, resplandecientes bajo la luz de los dos soles que iluminaban el planeta.

La gente volvía la vista a su paso o fingía no verle. El uniforme de color gris acero y el escudo con el distintivo de su profesión era algo que causaba desagrado automáticamente.

A Fron no le importaba. El oficio le gustaba.

Llegó al estacionamiento de helitaxis. Los conductores empezaron a ponerse nerviosos.

Eligió el primero de la fila. El rostro del piloto se ensombreció.

¿Señor? —murmuró de mala gana.

Derr arrojó su equipaje sobre el asiento posterior.

Al Cuartel General de los Pesadores — ordenó.

Sí, señor.

El helitaxi despegó de inmediato. De ordinario, los pilotos solían ser locuaces con sus pasajeros, pero nunca lo eran con un Pesador... cuando tenían la mala suerte de llevar a uno en su vehículo.

Diez minutos más tarde, el helitaxi se detuvo en la azotea de un edificio de ciento treinta pisos. Fron recogió sus cosas y lanzó un billete al asiento posterior.

El conductor escupió. Le miró con aire retador.

Fron no se inmutó.

Sobre el billete no escupirá, ¿verdad?

El conductor enrojeció. Sus dedos se crisparon sobre el billete.

Fron rió agriamente.

No lo destruya por orgullo, amigo — dijo—. Es de cien sueldos, el doble de lo que gana usted en tina semana.

Y se marchó, insatisfecho de aquella pueril venganza, a pesar de todo.

A sus espaldas, el piloto del helitaxi murmuró:

¡ Pesador, bastardo!

Pero el joven no lo oyó. Es poco probable que hubiera hecho caso del insulto; estaba acostumbrado a cosas aún peores.

El Pesador en Jefe era un hombre de sesenta años, menudo, pero fuerte todavía, de ojos como pedacitos de hielo y pelo crespo, como cerdas de cepillo. No llevaba distintivo especial, salvo el del Cuerpo; ninguno de los Pesadores se distinguía de los demás por otros signos externos, que los de su apariencia personal.

Presente el Pesador Fron Derr — anunció el joven al entrar en el severo despacho.

Hola — saludó el Pesador en Jefe, Kindor Havok —. Siéntese, Derr.

Sí, señor.

Los dos hombres se miraron en silencio durante algunos segundos.

Así que Stario pegó el zambombazo, ¿eh? —dijo Havok.

Sí, señor. Apenas tuve tiempo de estar una hora sobre su

superficie.

Tenía un equilibrio geológico tan inestable, que pudimos registrar sus efectos desde aquí — manifestó Havok—. No todos los Pesadores se hubieran arriesgado a comprobarlo personalmente sobre el terreno.

Era preciso hacerlo, señor — dijo Fron.

Havok movió la cabeza en gesto afirmativo.

humanos, lo hicimos mal, y a hora vamos por ahí tratando de enmendar nuestros errores.

Havok sonrió también.

Se atienen a los resultados que les tocan al bolsillo, pero olvidan los cientos de millones de vidas humanas que hemos salvado. En fin — suspiró—, no estamos para recibir las gracias de nadie, sino para cumplir con nuestro deber. Por el momento — terminó el Pesador en Jefe—, queda libre. Probablemente se le asigne una nueva misión, aunque no sé cuándo ni dónde.

Sí, señor.

¿Se alojará usted en nuestro Cuartel General?

— preguntó Havok.

No, señor; prefiero mi apartamiento particular.

Muy lógico. Pásese por Caja; le abonarán los sueldos atrasados y la prima de salvamento.

El planeta estaba deshabitado — objetó el joven.

No importa — sonrió Havok —. Se ha ganado ese dinero.

Fron se puso en pie.

Querría hacerle una petición, señor. Y luego, una pregunta — dijo.

Hable, Derr.

La petición es: ¿Puedo vestir de civil?

No. Lo siento. Los reglamentos son tajantes al respecto.

El joven suspiró.

Sí, señor.

¿La pregunta?

En Stario me encontré con una chica. El nombre me parece conocido, pero no consigo situarlo mi memoria.

¿Cómo se llama?

Zoé Lossath.

El Pesador en Jefe enarcó las cejas.

¿Cómo? ¿No conoce usted a Mari Lossath? Es Rector de Albynia.

Fron emitió un tenue silbido.

Ahora ya caigo — dijo—. Pero ¿qué diablos hacía su esposa en Stario?

Su esposa, no — corrigió Havok—; su hija. Y en cuanto a lo que hacía allí, ¿por qué no se lo pregunta usted a ella?

Fron meneó la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Se marchó como un rayo en cuanto aterrizamos. Ni siquiera sé adonde fue a parar y, por otra parte, ¿qué puede importarme a mí lo que hacía en Stario? Gracias por todo, señor.

Adiós, Derr.

El joven abandonó el despacho de su superior. Cuando llegó al departamento de Caja, ya le esperaban sus sueldos atrasados y la prima de salvamento, un pequeño capitalito.

En medio de todo, el oficio tenía sus compensaciones.

Salió del edificio por la puerta que daba a la calle. No había vehículos; sólo aceras deslizantes, por bandas de distintas velocidades, la mayor en el centro. Las aceras tenían distintos niveles, con el fin de salvar los cruces.

Las calles eran amplias, y en cada una de ellas, las aceras seguían una determinada dirección, entrecruzándose de modo que la gente pudiera llegar cómodamente a sus puntos de destino. La banda central de cada acera tenía una velocidad de treinta y cinco kilómetros a la hora. Podía recorrerse la ciudad de punta en treinta minutos con toda facilidad.

Un cuarto de hora después, Fron llegaba al edificio donde tenía su apartamiento propio. Mientras el ascensor le conducía verticalmente, pensó en el modo de pasar sus vacaciones.

La ciudad ofrecía muy pocos atractivos para él.

Un Pesador era siempre mal mirado, excepto en determinados lugares donde lo único que servía era el dinero, viniera de quien viniera. Pero a Fron no le gustaba frecuentar aquellos establecimientos.

El planeta, Frahannia, poseía una exuberante vegetación, grandes océanos, numerosas cadenas de montañas, hermosos parajes y ríos de singular belleza. Fron se preguntó si no le resultaría más agradable irse a pasar un par de semanas al campo, a pasear y cazar, hasta que el Pesador en Jefe le encomendara alguna

nueva misión.

Abrió la puerta del apartamento. Al cruzar el umbral, se encentró con una visita inesperada.

III

No conocía al visitante. Era un hombre joven, membrudo, de pelo negro y ojos duros, de su edad aproximadamente.

Frahannia disfrutaba de un buen clima, con escasas alternativas térmicas, que daban una media anual de 18°. Esto permitía que la gente vistiese ropas livianas casi de continuo. Su visitante se cubría con una simple camisa de tejido esponjoso y color crema, y unos pantalones cortos. Salvo los zapatos, en forma de mocasines, ésta era toda su indumentaria.

Hola — dijo el joven al ver a su visitante.

Éste se puso en pie.

Usted es Fron Derr, Pesador.

Sí.

Fron captó en el acto el tono hostil de su interlocutor.

Me llamo Huss Oreal.

Tanto gusto — replicó Derr.

A mí no me da ningún gusto verle — dijo Oreal.

Entonces, ¿por qué entró en mi apartamiento, y sin pedir permiso, además?

Sólo quería decirle una cosa: no vuelva a hablar jamás con Zoé Lossath. Ni vaya a Albynia por nada del mundo o le pesará.

Fron respingó ante las inesperadas palabras de su oponente. Pero, rehaciéndose, contestó con ironía:

¿Qué puede pesarle a un Pesador?

Oreal enrojeció.

No haga bromas. Aténgase a lo que le he dicho. Eso es todo. —Y

arrancó hacia la puerta.

Fron alargó el brazo izquierdo y le detuvo en seco.

No tan deprisa, amigo — dijo—. Quiero que me explique...

El joven no tuvo tiempo de completar su frase. Oreal disparó su puño derecho contra él, alcanzándole en el hombro de lleno.

Fron Derr dio dos vueltas sobre sí mismo y chocó contra la pared. El golpe había sido fuerte y le llenó los ojos de lágrimas.

Sonó una risita burlona.

Cuando yo quiero salir, no hay nada que me detenga — dijo Oreal, continuando su marcha.

Entonces, Derr, irritado, saltó sobre él.

Oreal se aprestó a la defensa, sonriendo con aire de superioridad. La sonrisa se borró bien pronto de sus labios.

Fron amagó un golpe al mentón con la izquierda. Oreal levantó el brazo para protegerse.

Dado el odio que la mayoría de la gente sentía hacia ellos, los Pesadores eran entrenados, no sólo en el manejo de sus delicadísimos instrumentos, sino también en el uso de toda clase de armas y en la defensa personal. Para Fron resultó fácil, por tanto, derrotar a su encolerizado adversario.

Abrió los dedos de la mano derecha y asió con presa de hierro la muñeca de Oreal, manteniendo en alto el brazo. Luego, movió el izquierdo en semicírculo.

El costado derecho de Oreal había quedado al descubierto. El filo de la mano del joven impacto con fuerza sobre sus costillas.

Una expresión de agonía se dibujó en el rostro de Oreal. Fron ejecutó un irresistible movimiento de torsión y su adversario giró sobre sí mismo, a fin de evitar una inminente fractura del brazo.

Cuando se quiere desempeñar el papel de traganiños, es preciso prepararse debidamente — ironizó el joven—. ¿Qué me decía usted de Zoé Lossath?

Nada... —jadeó Oreal—. Suélteme...

¿Por qué no he de ir a Albynia? ¿Es que pasa allí algo malo?

No... nada... Rayos, me va a partir el brazo...

Fron acentuó la presión de su mano.

¡ Conteste! — rugió enfurecido.

Es... estoy un poco celoso... Ella es mi prometida V...

Fron soltó el brazo de Oreal.

Estúpido — le apostrofó—. ¿Sólo por eso quiere que no vaya a Albynia?

Oreal se frotaba el brazo, con expresión de dolor.

Ella es un poco voluble...

Entonces, métala en cintura o mándela al diablo — barbotó el joven en tono colérico—. ¿Es que no se

ha dado cuenta de mi oficio? Ella ni me miraría a la cara siquiera.

Está bien — le dijo Oreal con extraña humildad. — Perdóneme, pero me contó algo de lo que había pasado...

Fron se burló de él.

Un hombre y una mujer, ambos jóvenes, solos en una nave del espacio durante quince días, ¿eh? ¿Por qué no se preocupa mejor de averiguar lo que hacía ella en Stario?

Oreal no quiso contestar.

Tengo que irme — manifestó.

¡ Váyase con mil diablos y no vuelva más por aquí! — rezongó el joven —. Le costará caro si lo hace.

Oreal se marchó. Fron se quedó muy pensativo.

Las excusas de Oreal no le habían convencido del todo. ¿Qué sucedía allí?

Zoé no le había dicho nada acerca de los motivos de su estancia en Stario. Apenas había visto su escudo de Pesador, se había envuelto en una capa de helada cortesía, que no se había roto ya en todo el tiempo que había durado el viaje hasta Frahan.

Bueno, ¿qué le importaba todo aquello? Ella era la hija de un Rector. Él, un simple —y odiado — Pesador de Mundos. ¡ Al diablo con todo!

Con paso rápido, se encaminó hacia el cuarto de baño.

* * *

El zumbido del visófono le despertó de repente.

Alargó el brazo y dio el contacto.

Pesador Derr — dijo.

Buenos días — habló una voz femenina—. ¿Todavía durmiendo?

Fron se sentó en el lecho de golpe.

—Zoé — exclamó.

La misma — respondió ella —. Vuelva el objetivo del visófono; un hombre recién despierto no es ningún espectáculo agradable para una doncella.

Fron enrojeció y movió ligeramente el aparato.

¿Qué es lo que quiere usted? — preguntó —. ¿No se sentirá inmunda después de haber hablado con un Pesador?

Déjese de bromas. ¿Tiene que desayunar, no es cierto?

Bien, suelo hacerlo a diario...

Entonces, hágalo en el Restaurante Número Ciento Cuarenta y Tres. Le espero allí dentro de quince minutos.

La pantalla se apagó. Zoé había cortado la comunicación.

Fron permaneció pensativo durante algunos instantes. Luego, atraído por una curiosidad invencible, saltó de la cama y empezó a vestirse de prisa.

Diez minutos más tarde, estaba en la puerta de la calle. El lugar indicado se hallaba en la misma manzana del edificio en que vivía.

Entró en el restaurante. Eran ya más de las diez de la mañana y el local estaba casi desierto.

Zoé se hallaba en una mesa situada casi en el extremo opuesto a la entrada. Fron caminó rápidamente hacia ella.

Hola — saludó.

Zoé le dirigió una atractiva sonrisa.

Siéntese — dijo—. Tenemos que hablar.

El deseo es mutuo — declaró él.

Se acercó una aburrida camarera, que torció el gesto al ver el escudo negro. Como sin querer, Fron enseñó un billete de quinientos sueldos. La camarera pareció mejorar de semblante.

Un oficio poco simpático el suyo — comentó Zoé, mientras la camarera se alejaba para cumplimentar el encargo del joven.

¿Ha variado usted de opinión acerca del mismo? — preguntó él.

¿Por qué lo dice? —quiso saber Zoé, extrañada.

Me ha citado en un lugar público.

No me pareció prudente visitarle en su apartamiento.

Por temor a la maledicencia, supongo.

Ella enrojeció levemente.

Creo que ya sabe quién soy—dijo, desviando el tema.

Sí, me enteré ayer — contestó Fron con indiferencia.

Bien, ¿Qué opina de mí, entonces?

Para eso, podía haberle expresado mi opinión por escrito y me habría ahorrado el trabajo de acudir al restaurante.

Zoé pareció irritarse.

No parece usted muy contento de estar a mi lado.

No, a decir verdad.

¿Por qué, si puede saberse?

Todavía recuerdo las dos semanas a bordo de mi nave.

Lo siento — se disculpó la muchacha —. Los prejuicios...

Sí, sí, lo sé de sobra. No siga.

Vino la camarera con los desayunos. Guardaron silencio un momento.

Realmente, no me porté bien con usted, Fron. Un Pesador es un hombre como otro cualquiera — rompió ella el silencio.

¡ Qué descubrimiento! — rió Fron con sarcasmo. —Pero le estoy agradecido por ese leve cambio de opinión.

Me salvó la vida — confesó Zoé.

Es cierto. Pero no comprendo por qué estaba en Stario.

Los ojos de Zoé le contemplaron implorantes.

Por favor, no me obligue a responder.

No la estoy torturando—dijo él.

Mi comportamiento fue repelente — admitió la joven —. Por ello le pido perdón. Con toda sinceridad.

Concedido. Ahora, pídame lo otro.

Zoé respingó.

¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Una muchacha como usted no invita a un hombre a desayunar, sólo para repetir lo que ya hizo tiempo atrás, es decir, darle las gracias por un favor recibido. Por tanto...

Ella bajó los ojos.

Es cierto. Tengo que pedirle un favor. Mucho más importante que salvar mi vida.

Bien, si está en mi mano... Pero, antes de seguir adelante, quiero decirle una cosa, Zoé.

Sí, Fron.

Huss Oreal estuvo ayer a visitarme. En realidad, ya me esperaba cuando llegué a mi apartamiento.

¡ Cómo!

Fron estudió el rostro de Zoé y llegó a la conclusión de que su

sorpresa era genuina.

Así fue, tal como lo ha oído.

Pero ¿qué le dijo Huss?

Dos cosas: una de ellas, que no volviera a verla jamás a usted. La otra es que no se me ocurriera ir por Albynia, el planeta del cual su padre es Rector.

Zoé se quedó pensativa durante unos momentos.

Huss es mi prometido, cierto, pero... Bien, todavía no soy su esposa y ello significa que carece de determinados derechos sobre sí. Si quiero verle a usted, le veré.

Me agrada su espíritu de independencia, Zoé — dijo él con ironía —. A quien no le agradará es a su prometido.

Escuche, Huss...

La camarera interrumpió de pronto el diálogo.

¿Es usted Zoé Lossath? —preguntó.

Sí — respondió ella, sorprendida.

Tiene una llamada visofónica.

Tráigamelo a la mesa...

Perdón; han dicho que era una llamada reservada— dijo la camarera, mirando a Fron de forma significativa.

Zoé volvió los ojos hacia el joven.

Perdóneme, Fron.

No faltaría más — contestó él cortésmente.

Zoé se puso en pie y caminó hacia la cabina visofónica, situada al fondo del local. Mientras tanto, Fron continuó su desayuno con aire sumamente pensativo por cuanto le había dicho Zoé hasta el momento. Que no era gran cosa, en efecto.

Ella le había pedido ayuda. Un favor más importante que salvar su propia vida. ¿Qué clase de favor?

Un incidente inesperado cortó de pronto el hilo de sus pensamientos.

La puerta del restaurante se abrió de golpe y dos individuos aparecieron bajo el dintel. Ambos empuñaban sendas armas, de una forma peculiar, pero que, no obstante, resultaban familiares para Fron Derr.

Eran pistolas descohesivas.

IV

La palabra expresaba con claridad los efectos de los proyectiles que disparaban aquellas pistolas. Sencillamente, provocaban la descohesión de las moléculas en un área determinada, que oscilaba, según la materia, entre medio metro y cinco metros cúbicos. Un cuerpo humano quedaba disgregado instantáneamente, convertido en un montoncito de polvo, sin que el individuo se diese cuenta de lo que le había sucedido.

Fron Derr entendió al instante el gravísimo peligro en que se hallaba. Tan sólo con las salpicaduras de la explosión de alguno de los proyectiles descohesivos podía perder un brazo o una pierna con la mayor facilidad del mundo.

Los sujetos le buscaban no cabía duda.

— ¡ Ahí está, míralo! — chilló uno de ellos.

Las armas apuntaron hacia el rincón en que se hallaba el Pesador. Sonaron dos tremendas detonaciones. Las pistolas descohesivas tenían la gran desventaja del enorme ruido que hacían al ser disparadas.

El edificio retembló. Un amplio trozo del muro se convirtió en polvo gris.

Pero Fron ya no estaba en aquel lugar. Un Pesador de Mundos recibía una severa educación en todos los sentidos. El entrenamiento físico y el arte de la defensa personal en cualquier circunstancia eran asignaturas que estudiaban a fondo.

Convertido en un borroso relámpago, había saltado a un lado, una décima de segundo antes de que las pistolas descohesivas abrieran fuego. Se separó cuatro metros de su sitio; luego, como un rayo, aferró una mesa y la lanzó hacia delante con todas sus fuerzas.

Uno de los atacantes levantó la mano y disparó instintivamente. La mesa se convirtió en polvo al recibir un proyectil disgregador,

El otro apuntó hacia Fron. El joven no se estaba quieto un segundo.

Saltó en sentido opuesto, mientras los escasos clientes del restaurante chillaban agudamente y buscaban protección contra los proyectiles tendiéndose en el suelo.

La camarera corría alocadamente de un lado para otro. Sonó un nuevo estampido.

Una esquirla de proyectil alcanzó el cráneo de la camarera, que desapareció al instante, convertida en polvo sanguinolento. El cuerpo continuó corriendo tres o cuatro pasos más; luego, de pronto, se desplomó, como un tronco hacheado por el leñador.

Fron metió la mano en el bolsillo y extrajo del mismo una especie de bolita de unos dos centímetros de grueso, que siempre llevaba encima, así como algunos otros objetos destinados a su defensa personal. Dio un nuevo salto y lanzó la bolita hacia la entrada.

En el acto un vivísimo fogonazo se produjo. Fue como si de repente hubiese estallado un pequeño sol en el interior del restaurante, sin ruido apenas, con un ligero «ssschump» de escaso volumen.

Sonaron dos terribles gritos. Los asesinos cayeron por tierra, revolcándose horriblemente, abrasados por aquella onda de luz y calor intolerables. Segundos después se quedaban quietos, con los cuerpos ennegrecidos por la feroz llamarada.

Fron se apoyó en una mesa. Todavía tenía los ojos doloridos, pese a que se había puesto el brazo delante, ya que conocía los efectos de la granada solar. Incluso sentía aún en sus ropas el intenso calor desprendido por la explosión.

Los clientes huyeron, despavoridos, saltando por encima de los cadáveres de los forajidos. El restaurante quedó desierto.

Fron miró en torno suyo. El cuerpo decapitado de la camarera yacía a dos pasos de distancia.

¿Y Zoé?

La cabina visofónica estaba a pocos metros de él. Corrió hacia aquel lugar.

Zoé había desaparecido.

Cerca de la cabina, había una puerta que daba a las dependencias interiores del establecimiento. Fron apretó los labios,

ya no le cabía la menor duda acerca de lo que había hecho la joven.

En aquel momento,, se oyó afuera el aullido de una sirena policíaca. Cuatro hombres irrumpieron a los pocos segundos en el restaurante.

¡ No se mueva! — le intimó uno de los policías.

Fron avanzó hacia ellos.

Esos dos hombres me atacaron por sorpresa — declaró —. Tuve que defenderme.

El jefe de la patrulla contempló los cuerpos ennegrecidos.

¿Con qué les tiró? —preguntó.

Había visto la insignia de Pesador sobre el pecho del joven y su tono, si no amistoso, se había hecho más deferente.

Una granada solar — repuso Fron —. Ignoro por qué quisieron atentar contra mi vida, pero, si quieren saber más detalles, infórmense de mi Pesador en Jefe.

Volvió la vista hacia atrás.

Esa pobre chica murió a consecuencia de las descargas de los asesinos — señaló el cadáver de la camarera—. Tal vez, cuando identifiquen sus cadáveres consigan averiguar más detalles.

Y sin añadir una sola palabra más, avanzó hacia la puerta. Los policías le abrieron paso en silencio. Ser Pesador tenía ciertas ventajas que, en ocasiones, hacían olvidar el desprecio general que la gente sentía hacia los miembros del Gremio.

El Pesador en Jefe, Kindor Havok, escuchó en silencio las declaraciones que Fron Derr le hizo acerca del asunto.

No cabe duda de que la chica le condujo a una trampa — decidió al final de escuchar el relato de Fron.

Lo mismo opino yo, señor — convino Fron—. Ahora, si me permitiese buscarla, la interrogaríamos...

No se lo aconsejo, Derr.

¿Por qué, señor?

Aun cuando consiguiera encontrarla, debemos tener en cuenta que es la hija del Rector de Albynia. Lo más probable es que esté protegida por la inmunidad diplomática.

Entonces, buscaré a Huss Oreal...

Huss Oreal es agregado temporal a la embajada de ese planeta. Tampoco logrará nada, Fron.

Entonces — dijo el joven con los labios apretados—, el único

recurso que me queda es irme a pescar.

Havok sonrió.

Se lo recomiendo. Váyase a las montañas durante quince días y olvídelo todo, Derr. Llévese un receptor, por si necesitásemos de usted.

Sí, señor.

Dominando el enojo que sentía, Derr se dirigió hacia la puerta.

Antes de alcanzarla, se volvió.

A pesar de todo, me pareció que la chica era sincera — dijo.

Havok levantó las cejas.

¿Por qué lo dice, Derr?

La noté bastante preocupada. Dijo que quería pedirme un favor mucho más importante que salvar su propia vida...

Estaría desempeñando una comedia — gruñó el Pesador en Jefe —. No se deje engañar jamás por unos ojos lindos y un talle esbelto, Derr, se lo aconsejo.

El joven sonrió de mala gana.

Tal vez tenga usted razón, señor. En fin, hasta dentro de dos semanas.

Adiós, Derr.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Fron Derr se hallaba en las montañas, junto a un río de tranquilas aguas y sombreadas márgenes, cubiertas de césped abundante y jugoso. El paisaje resultaba agradable de contemplar y la temperatura era excelente.

Montó la tienda de campaña a unos metros de la orilla. Había llegado allí en un pequeño helicóptero de dos plazas, que había estacionado a un lado. Traía víveres suficientes para las dos semanas que pensaba pasar en aquel sitio, aunque confiaba suplir buena parte de las conservas con la pesca que hiciera.

Por la noche, encendió una hoguera. Tenía un pequeño receptor de radio, aparte del oficial, de cuyo altavoz brotaba una suave música. Los frahannianos, muchos de ellos descendientes de terrestres, resultaban buenos compositores.

Antes de meterse en el saco de dormir, meditó mucho sobre los incidentes ocurridos en los días precedentes. Había algo que no

acababa de comprender: la insólita estancia de Zoé en Stario, las declaraciones de Oreal prohibiéndole ir a Albynia, el intento de asesinato... ¿Qué misterio se encerraba en todos aquellos sucesos?

Durante los días siguientes trató de «lavar» su mente de todo lo ocurrido, dedicándose de lleno a disfrutar de sus solitarias vacaciones. El espacio le gustaba; le agradaba muchísimo sentirse entre las estrellas, en medio del augusto silencio del universo, pero también resultaba agradable tenderse en el césped, a la sombra de los árboles y percibir el rumoroso fluir de la corriente.

Así transcurrieron doce días.

En el día decimotercero, sus vacaciones quedaron interrumpidas bruscamente.

Tenía siempre el receptor oficial conectado con la Central de Comunicaciones del Pesador en Jefe. Sonó un agudo zumbido, indicador de que alguien estaba llamándole.

No sintió ninguna extrañeza al escuchar el zumbido. En realidad, era algo que había estado esperando desde el primer día.

Se acercó al aparato y dio la palanquita de contacto.

Derr al habla — dijo.

Habla Havok — brotó una voz por el altoparlante—. Recójalo todo y véngase lo antes posible.

Sí, señor.

No se habló más; no era necesario. Un Pesador no discutía jamás las órdenes de su jefe, tanto por disciplina como porque no recibía jamás una orden que no pudiese ser cumplimentada.

Lo recogió todo y empaquetó las cosas, que fue colocando en el departamento de equipajes del aparato. Media hora más tarde, alzaba el vuelo, y dos después, se hallaba en presencia de su jefe.

La llamada no le había extrañado, como tampoco le extrañó la orden que le dio Havok.

Tiene que ir a Albynia, Fron Derr.

El joven sonrió levemente.

Casi me lo había figurado, señor — respondió —. ¿Está fallando el equilibrio geológico de ese planeta?

Pues no lo sé — contestó el Pesador en Jefe con aire perplejo—. Pero algo debe ocurrir, porque uno de nuestros mejores hombres, el Pesador Pall Uttar ha sido asesinado.

V

Mientras orbitaba para aterrizar en Albynia, Fron Derr repasó mentalmente alguna de las principales características del planeta.

Su diámetro era de 12.380 kilómetros. Gravedad, una terrestre, aproximadamente... ¿por qué habían de seguir manteniendo las medidas de un planeta tan lejano y muerto ya hacía siglos?, se preguntó. Claro que, a fin de cuentas, la mayoría de los habitantes de aquel supersistema planetario descendían de los primitivos pobladores de la Tierra y la base de su civilización estaba fundada en la de dicho mundo extinguido. Y no se podía negar que sus antepasados habían poseído una vasta ciencia, que les había conducido al actual estado de conocimientos de todas clases.

Albynia disponía de dos satélites: Albyn I y Albyn II. El primero era un pedrusco de cuatrocientos kilómetros de diámetro escasos. El otro tenía casi las dimensiones de un planeta: cuatro mil setecientos kilómetros. Pero resultaba inhabitable.

Mari Lossath era el jefe del gobierno de Albynia, bajo el nombre de Rector. Se trataba de un planeta muy industrioso, uno de los más adelantados y ricos de aquel sector de la Galaxia.

Entró en la atmósfera, reduciendo la velocidad constantemente. Aquella zona galáctica poseía una gran ventaja: el gran número de planetas habitables. La desventaja estribaba en la relativa proximidad de los subsistemas solares, que componían el supersistema, lo cual provocaba una continua inestabilidad gravitatoria que, a veces, se traducía en estallido de los planetas.

Por esta razón se había creado, dos siglos antes, el cuerpo de Pesadores de mundos. Sus delicados aparatos analizaban las condiciones de cada planeta y predecían si era o no estable en el

aspecto geológico. Uno de los datos fundamentales para establecer su dictamen, era lo que en lenguaje vulgar se llama el «peso» de la gravedad; de ahí había derivado el nombre que se les dio popularmente en un principio y que, al cabo del tiempo, había tomado carácter oficial.

Descendió en el astropuerto de la capital, Berlethia, muy frecuentado por naves de todo género que iban y venían. La suya no se distinguía de las demás, salvo por los números de identificación y el tamaño: las había que podían transportar miliares de pasajeros y otras individuales. Pero todas tenían la misma forma; la experiencia había demostrado que era la mejor.

Recogió su equipaje personal, en el que llevaba algunas armas defensivas. Un Pesador había sido asesinado.

¿Por qué?

Para averiguarlo había sido enviado a Albynia. Sería terrible, pensó, que un planeta tan floreciente hubiera de ser evacuado. Pero las leyes galácticas eran inflexibles al respecto.

Llegó a la estación de aduanas. Su insignia le permitió el paso franco sin más obstáculos. A cambio de ello, recibió unas cuantas miradas carentes de simpatía.

Un helitaxi le condujo al mejor hotel. Ganaba dinero y no quería privarse de nada.

Después de asearse, buscó el visófono y pidió comunicación con el jefe de Policía.

El rostro de una mujer de mediana edad y facciones atractivas apareció en seguida en la pantalla.

Soy Dena Arlan, Jefe de Policía — se presentó —. ¿En qué puedo servirle, Pesador?

He sido enviado para recoger informes sobre la muerte de uno de mis colegas, Pall Uttar. Parece ser — agregó el joven —, que se produjo en circunstancias un tanto extrañas.

Hasta cierto punto — contestó la mujer—. Su cadáver fue encontrado en el desierto que hay a ochocientos kilómetros al sur de la capital. Los que lo hallaron informaron que había muerto de sed.

Fron no mostró sorpresa alguna por la respuesta. También se podía matar a una persona, privándole del agua y estropeándole los motores de su aparato.

Comprendo — dijo.

Le enviaré una copia del expediente — dijo Dena Arlan—. En él encontrará usted todos los datos que busca. Pesador. Y si necesita algo más de nosotros, no tiene más que decírnoslo y le atenderemos con mucho gusto.

Gracias, señora. Sí, quería decirle que...

Fron se interrumpió de pronto. ¿Para qué? Mari Lossath estaría ya enterado de su llegada. Debía tener buenos informadores en el astropuerto.

Eso es todo, señora. Muchas gracias.

A su disposición — contestó Dena Arlan en tono seco.

Y en seguida cortó la comunicación.

Se hizo servir la comida en su habitación; no tenía ganas de, tal vez, provocar un incidente desagradable. La camarera no le servía a gusto, aunque, como en tantas ocasiones, la vista de los billetes dulcificó su actitud.

Una hora después, llamaron a la puerta.

Fron cubrió con la servilleta una pequeña pistola paralizante que tenía dispuesta. No quería ser cogido indefenso y, por otra parte, si le atacaban, un prisionero podía decirle cosas interesantes; poseía medios para obligarle a hablar.

¡Adelante!

Un hombre entró, con una gruesa cartera bajo el brazo.

¿El Pesador Derr? —preguntó.

Sí.

La jefe Arlan me ha entregado esto para usted — dijo el policía, entregándole la cartera.

Muy bien. Espere un momento...

La jefe Arlan le regala la cartera — dijo el policía con acento despreciativo.

Tras estas palabras, giró sobre sus talones y salió.

Fron sintió el impulso de arrojársela a la cabeza, pero se contuvo. Lanzando un suspiro, soltó las presillas y levantó la tapa.

Estuvo estudiando los documentos durante largo rato. Cuando terminó, era ya de noche.

Cenó con buen apetito, reflexionando mientras comía. El cadáver de Uttar había sido hallado por un vagabundo llamado Errel Doo. Su domicilio era calle 2040, número 2811.

Doo había avisado a las patrullas volantes. Una de éstas había redactado el informe. Uttar había perecido de sed. Su aparato había sufrido una avería en pleno desierto y no había podido remontar el vuelo.

Un asesinato ejecutado de la forma más burda que uno podía imaginar.

El aparato averiado... Podía ser, pero ¿también alcanzaba la avería a los sistemas de comunicación7 Cuando un Pesador salía a realizar una de sus misiones, llevaba agua y provisiones para un mes, por lo menos.

No, Uttar había sido asesinado. Quizá había descubierto que Albynia se hallaba en un estado de inestabilidad geológica y, naturalmente, se imponía la orden de evacuación.

Esto contrariaría muchísimos intereses. Tal vez el estallido de Albynia se produjese dentro de diez años. Aun así, la evacuación debía dar comienzo de inmediato.

Pero, si el informe del Pesador se retrasaba, había muchos que podían ganar demorando la evacuación. Fron movió la cabeza con asco; no se podía negar que eran descendientes de terrestres. Cuando había dinero de por medio...

Recogió los documentos y volvió a guardarlos en la cartera. Quería oír de labios del propio Doo les detalles sobre su hallazgo del cadáver de Uttar.

Momentos después, salía del hotel. Aunque ¡a ciudad estaba brillantemente iluminada, el número de transeúntes había disminuido muchísimo. Esto le permitió pasar casi inadvertido.

Como Frahannia, la ciudad disponía de cintas transportadoras. Usando las necesarias, y por la numeración de las calles, en menos de media hora alcanzó la número 2.040.

Buscó la cinta de menor velocidad, seis kilómetros por hora. Cinco minutos después, se hallaba en la puerta de la casa donde vivía Doo.

El informe facilitaba todos los datos relativos al sujeto. ¿Un vagabundo con domicilio en la capital?, se preguntó sarcásticamente.

Doo vivía en el piso 65. Un rápido ascensor le llevó en pocos minutos hasta arriba.

Llamó a la puerta. Instantes después, una mujer joven, de

bonitas facciones, se presentaba ante los ojos del Pesador.

Fron se dio cuenta de que la mujer tenía los ojos enrojecidos.

Perdón, señora — dijo—. Deseo hablar con Errel Doo.

Ella pareció como si fuese a llorar de nuevo.

Oh, señor — dijo —, ¿es que no sabe que ha muerto?

Fron contuvo una maldición que estaba a punto de brotar de sus labios.

Lo siento muchísimo, señora — se disculpó—. ¿Era su esposo?

Sí.

Me apena tener que molestarla, señora Doo — dijo el Pesador—, pero necesito hablar con usted.

Es que...

Fron metió la mano al bolsillo.

Me imagino que después de la muerte de su esposo, habrá quedado usted en difícil situación.

La mujer vaciló a la vista de los billetes.

Acepte esto como un obsequio — sonrió Fron.

Está bien — accedió ella, echándose a un lado —. Entre usted, señor...

Llámeme Fron.

Mi nombre es Maia — contestó ella—. ¿Le apetece algo de beber?

No, muchas gracias.

Maia Doo le enseñó un diván. Ella se sentó frente a él, con las manos juntas sobre el regazo.

Usted dirá, Fron.

Perdone que traiga a su memoria malos recuerdos, pero... ¿hace mucho que murió su esposo?

Una semana — respondió ella.

¿Causas de la muerte?

Le falló el corazón.

¿Estaba usted presente cuando murió?

Oh, no, me avisaron. Errel cayó en medio de la calle y fue conducido al hospital más próximo. Cuando ingresó, había muerto ya. Un médico me dijo...

No siga más, señora — cortó el joven. ¿Ataque cardíaco? ¡Asesinato! En plena calle, además, y a la vista de cientos de personas. Claro que una pistola que lanzase un dardo envenenado

podía usarse fácil y silenciosamente. Y una orden superior podía dar lugar a un diagnóstico clínico acomodaticio.

Fue una pérdida muy sensible — siguió Fron —. Créame, señora, estoy apenado. Tenía tanto interés en hablar con él...

Quizá yo pueda ayudarle — apuntó Maia.

Muchas gracias. Verá, hace algunas semanas, su esposo, cuando viajaba por el desierto, encontró el cadáver de un hombre, muerto de sed, según creo.

Sí, algo de eso me contó.

¿Le facilitó algún detalle sobre el muerto?

No sé. Me contó lo que había pasado... No fue muy explícito, la verdad. Por otra parte, y aun descontando la importancia de una muerte, tampoco hay que relatar mucho acerca de lo que le pasó.

Es cierto — convino el joven—. Únicamente deseaba saber si su esposo le contó algo fuera de lo normal... — Fron sonrió—, bien; de la relativa normalidad de hallar a un hombre muerto de sed.

No, desde luego.

Ese hombre había viajado en una nave hasta aquel punto. ¿Registró su esposo la nave?

Supongo que sí, ya que me dijo que el hombre había perecido al no poder reparar la avería de su aparato.

¿Le dijo Errel si había averiguado en qué consistía la avería?

No.

¿Le habló de los aparatos que el muerto tenía consigo?

Tampoco.

¿No le dijo que era un Pesador?

Los ojos de Maia se fijaron en el escudo que Fron ostentaba sobre el pecho.

—Sí.

Supongo, y perdone la franqueza, que haría comentarios poco agradables acerca del muerto.

Maia enrojeció de forma perceptible.

Verá, Fron, yo... Lo siento mucho, pero...

No se preocupe — sonrió él —; estamos acostumbrados a eso y a cosas aún peores. Ahora, dígame, ¿qué hacía su esposo en el desierto?

Era un físico notable. Estaba estudiando los efectos de una máquina que...

De repente, Fron se llevó un dedo a los labios, recomendando silencio a la mujer. Luego, actuando con sumo sigilo, se acercó a la puerta y la abrió de golpe.

Un hombre estaba escuchando al otro lado. Se enderezó al verse descubierto.

Fron alargó la mano para cogerle por el cuello, pero el otro le rechazó con un golpe de antebrazo.

El hombre dio un salto atrás y trató de sacar una pistola. Fron fue más rápido.

Su pistola paralizante disparó un proyectil narcótico. El hombre se puso tieso un instante y luego se desplomó al suelo como un tronco.

Entonces, Fron, con toda tranquilidad, lo agarró por el cuello de la blusa y lo metió en la casa, ante los ojos pasmados de la mujer, que no comprendía nada de lo que estaba sucediendo.

VI

Fron cerró la puerta de una patada.

— No se preocupe, Maia — sonrió—. Este tape no
la causará ningún daño.

Se inclinó sobre el caído y le registró a conciencia. Su sorpresa fue grande cuando le encontró encima una tarjeta de identificación, en la que se indicaba su rango de sargento de la policía secreta, y una orden, firmada por Dena Arlan, en la que se prohibía a Maia Doo hablar con desconocidos de cuanto le había sucedido a su esposo.

Fron arrugó el entrecejo. El asunto estaba tomando la forma de una vasta conspiración, cuyos objetos no alcanzaba a comprender del todo.

Sobrevino un momento de silencio. El policía empezó a rebullir.

Los efectos del anestésico duraban pocos minutos, lo suficiente para inmovilizar al sujeto víctima del mismo. A Fron, sin embargo, le daba lo mismo; sabía que el hombre se negaría a contestar en rotundo a las preguntas que le formulase.

No querían que averiguase las causas de la muerte de Doo, así de sencillo.

Está bien — habló al cabo —. Me decía usted algo de una máquina inventada por su esposo...

Sí, aunque no conozco demasiado sus detalles. Erre! sostenía que era de grandísimo interés para la minería. Aprovecharía íntegramente los distintos elementos contenidos en cualquier mineral...

Maia se interrumpió de pronto, para lanzar un agudo chillido.

¡ La puerta!

Fron giró en redondo.

La puerta se había abierto un poco y una mano, armada de una pistola, asomada por la abertura.

— ¡ Al suelo, Maia!

La advertencia llegó tarde. La pistola chasqueó.

Maia lanzó un horripilante alarido, a la vez que se llevaba ambas manos al pecho. Vaciló un poco, dio un traspié y acabó cayendo al suelo, contorsionándose espasmódicamente.

El asesino tiraba a matar, se dijo Fron, mientras extraía de su bolsillo una bomba solar.

Presionó la esferilla con el índice y el pulgar aun antes de sacarla del bolsillo. Luego la arrojó hacia la puerta e, inmediatamente, giró sobre sí mismo, a la vez que se lanzaba al suelo de bruces.

Estalló un relámpago deslumbrador. Al «ssschump» de la explosión, sucedió un seco grito, cortado casi en el acto.

Fron se puso en pie. Miró en tomo suyo.

Maia había dejado de moverse. El proyectil tóxico a base, seguramente, de curare, había causado efectos en menos de treinta segundos.

Se asomó a la puerta. El asesino había muerto abrasado por el fogonazo. Fron no tenía duda de que era también uno de los hombres de Dena Arlan.

El sargento se sentaba en el suelo en aquel instante, mirando

hacia todas partes, con ojos turbios. Furioso, Fron levantó el pie derecho. El policía se tendió a dormir de nuevo, alcanzado de lleno en la mandíbula.

* * *

Sonó el zumbador de la puerta.

Fron Derr estaba terminando de preparar su equipaje. Dentro de pocos minutos, pensaba trasladarse al astropuerto.

Caminó hacia la puerta y la abrió. Su mano derecha estaba tras la espalda, ocultando la pistola paralizante.

Abrió. Su rostro continuó inexpresivo aun después de reconocer a su visitante.

¿Puedo pasar? —preguntó Zoé Lossath, un tanto turbada.

Los Pesadores también aprenden cortesía — respondió él en tono sarcástico.

Zoé cruzó el umbral. Ahora vestía una especie de túnica de color blanco crema, corta hasta más arriba de las rodillas y sujeta al hombro por un valioso broche de joyería. Un cinturón de tejido de oro rodeaba su esbelto talle.

Me imagino que está resentido conmigo — dijo ella, tras unos minutos de silencio.

Bien, resentido tal vez no. Digamos perplejo — contestó Fron—. ¿Quiere sentarse? —invitó.

Zoé lo hizo en un diván próximo.

Me marché aquel día...

Lo sé. Tenía que escapar tras haberme atraído a la trampa, ¿no es así?

Por favor, Fron, le ruego que me crea. Yo no sabía nada de lo que pasó después. Me llamaron de la embajada, dijeron que era urgentísimo...

Y entonces, los esbirros de su prometido, entraron para liquidarme.

De haberío sabido, no le habría citado en el restaurante. Hubiese ido a su apartamiento.

Es lo mismo. La discusión, sobre lo que pasó y pudo haber pasado, sobra en este caso. Hablemos de lo que ha venido a decirme... a menos que sólo pretenda presentarme excusas.

Entonces, aceptadas y fuera.

El tono de Fron era tajante. Zoé se irguió en el asiento.

¿A qué ha venido a Albynia? —preguntó.

Fron exhaló una sarcástica risita.

—¿Es que no lo sabe? Uno de mis compañeros ha muerto asesinado. Naturalmente, los informes dices que murió de sed, pero todo fue preparado.

¿Por qué habían de asesinarlo, Fron?

Eso es lo que yo estoy tratando de averiguar. — Los ojos del joven centellaron —. Un Pesador ha emitido un juramento de decir siempre la verdad, pero estoy tentado de faltar a él y declarar a Albynia en inestabilidad gravito geológica y hacerlo evacuar.

¡ Usted no puede perjudicar así a cientos de millones de seres que no tienen la culpa de la ambición de unos cuantos! —exclamó Zoé, horrorizada.

Tal vez la ambición de esos cuantos que dice usted está tratando de impedir la evacuación del planeta.

No lo creo... —dijo Zoé, sin mucha convicción.

¿Qué no? —rió él—. Imagínese que los apara tos predicen la explosión para dentro de diez años. La evacuación empezaría al año que viene, ¿no es así?

Zoé asintió.

Bien — continuó Fron —, si el informe no se hace público, esos sujetos, sean quienes sean, continúan normalmente con sus negocios, enriqueciéndose, sin importarles las vidas de los demás, hasta las vísperas del momento del estallido. ¿Comprende ahora por qué fue asesinado mi compañero?

Lo malo es — murmuró — que me parece que tiene usted razón.

Fron dominó una sonrisa de triunfo.

¿Cómo lo sabe?

He venido en nombre de mi padre — contestó ella —. Es una misión confidencial, extraoficial. Se encontraría en graves dificultades políticas si se supiese que él recurría a un Pesador.

¿Y bien?

¿Recuerda usted el favor que quería pedirle cuando hablábamos en el restaurante de Frahannia?

Sí.

Hace algunos meses, se produjo un gran terremoto en el

hemisferio opuesto de Albynia. Puede ser que sea un movimiento sísmico natural, pero también podría ocurrir que se tratase de los primeros síntomas de un desequilibrio gravitario del planeta.

Comprendo.

Mi padre no quiso pedir los servicios de un Pesador. Tenía que hacerlo oficialmente y esto hubiese dado lugar a una alarma acaso excesiva, con las perturbaciones que usted se puede imaginar.

Sí.

Pall Uttar estaba en misión de rutina. Alguien creyó que era una misión investigadora y lo asesinó.

Fron entrecerró los ojos.

Me parece que conozco al asesino. O al hombre que dio la orden.

El esbelto pecho de la joven se agitó perceptiblemente.

No pronuncie su nombre, por favor — rogó.

Ambos lo conocemos bien. —Crudamente, Fron señaló —: Iba a ser el padre de sus hijos. O lo será — añadió con más crudeza todavía.

¡No!

La protesta de Zoé contenía demasiada vehemencia para no ser genuina.

He roto con Huss. La noticia, sin embargo, no se ha hecho pública todavía.

Implicaciones políticas.

Sí — reconoció ella.

Bien, ¿qué más?

Mi padre quiere que haga usted un examen a fondo.

¿Oficial o extraoficialmente?

El resultado es lo que le interesa.

A mí me interesa, además, saber por qué murió Uttar.

Los verdes ojos de Zoé le contemplaron con fijeza.

Ambas cosas se pueden compaginar, ¿no?

Está bien. Dígale a su padre que lo haré. Pero si me matan...

Mi padre tiene algunos amigos de toda su confianza, gente que antepone el interés común a cualquier otro particular — declaró Zoé —. Posiblemente, Albynia es el planeta más próspero de nuestro super-sistema. Para los albynianos resultaría una catástrofe tener que evacuarlo.

Y quizá otros planetas competidores se beneficiarían con esa evacuación.

Sí.

Los dos jóvenes se miraron a los ojos. Zoé sonrió tímidamente, a la vez que se ponía en pie.

Alargó su mano. Fron bajó la vista hacia ella.

Me da la mano — dijo.

¿Por qué no? Su contacto no es contagioso.

Es la mano de un apestado.

A mí no me importa que sea usted un Pesador —dijo ella en tono caluroso—. ¡ Deme la mano!

Fron vaciló algunos segundos. Luego, de repente, hizo algo más que darle la mano.

Zoé protestó débilmente. Sin embargo, era agradable sentir los fuertes brazos de un hombre joven y apuesto en tomo a su cintura.

Elevó los labios, ansiando el contacto masculino.

VII

Pero no llegaron a besarse.

Una voz sarcástica les interrumpió de pronta

Bien, jamás había visto a una mujer de rango tan elevado caer tan bajo. Como una... ¿qué hombre se les da a esa clase de mujeres?

Zoé exhaló un gritito de sorpresa y se separó en seguida del joven.

Fron crispó los puños. Plantado ante él, con las manos en los costados, Huss Oreal le contemplaba sonriendo con burla.

Sí, ¿cuál es el calificativo? —exclamó.

Fron procuró dominarse.

Lo ignoro —respondió en tono sosegado—. En cambio, sí conozco el calificativo que se aplica a los tipos como usted:

cucarachas.

El rostro de Oreal se puso blanco.

¡ Le voy a matar, bastardo! —aulló, arrojándose contra el joven, a la vez que se sacaba algo de la manga.

Fron reconoció el arma al instante. Era un cuchillo radiactivo, arma prohibida, pero que, a pesar de todo, era usada por algunos desalmados sin conciencia, asesinos a sueldo y tipos de mente sádica.

Un simple rasguño del puñal infiltraría en su cuerpo una dosis letal de radiactividad, para la cual no existía antídoto alguno. Trescientas o más unidades de radiactividad —«roentgens», en términos terrestres—, penetrarían en su cuerpo, causándole la muerte en pocos días, algunas semanas como máximo.

No era una muerte agradable.

Oreal cargó contra el joven. Zoé chilló.

Fron se dio cuenta de que, por muchos esfuerzos que hiciese, Oreal conseguiría causarle algún rasguño. La lucha cuerpo a cuerpo, pues, mientras su adversario mantuviese el puñal en la mano, era algo imposible.

Un Pesador, por su oficio, tenía no sólo la mente sino el cuerpo ágil y despierto. Con un velocísimo gesto de su mano, Fron agarró una silla, y la arrojó contra su adversario.

Oreal consiguió esquivar el golpe casi por completo, pero el gesto le costó perder el ritmo de su carga. Vaciló un poco y se tambaleó a derecha e izquierda.

Fron aprovechó el momentáneo respiro que le había concedido su acción. Agarró una segunda silla y, esta vez sí, alcanzó de lleno al colérico individuo.

Sonó un fuerte crujido. La silla se partió en varios trozos. Sangrando por un lado de la cara, Oreal se desplomó al suelo sin sentido.

Fron respiró aliviado. Ni siquiera en el restaurante de Frahannia se había visto tan cerca de la muerte.

Se agachó y despojó al caído de su cinturón, en el que estaba la funda para el cuchillo. Éste se hallaba caído a unos pasos de distancia. Lo recogió con todo cuidado, y lo colocó en la funda.

Zoé se le acercó, presa de ansiedad.

¿Estás bien, Fron?

El Pesador sonrió.

Creo que sí —contestó él.

A pesar de las dificultades, se sentía de un excelente humor, por primera vez en muchísimos años.

Siento lo ocurrido… —balbuceó Zoé.

Fron la cogió por un brazo.

Ni te acuerdes —dijo—. Ahora lo que tienes que hacer es irte, pero, durante mi ausencia, me harás un favor.

Lo que quieras, Fron.

Yo tengo que marcharme de inmediato. —La explicó lo sucedido el día anterior—. Me interesaría saber qué clase de máquina había ideado Errel Doo. Su esposa no supo darme explicaciones demasiado concretas, y yo, tal vez por razón de mi cargo, encontrase dificultades en averiguarlo.

Lo haré —prometió ella.

De acuerdo. Ahora, vete; yo me iré muy pronto.

Zoé le miró con avidez.

¿Adónde vas, Fron?

Al desierto, al lugar donde fue hallado Pall Uttar muerto de sed. Aparte de investigar este asunto, es un buen sitio para idealizar mis «pesadas» planetarias.

Comprendo. Quieres saber si Albynia corre o no peligro de explosión.

Justamente.

Está bien. — Zoé puso las manos sobre su pecho—. Cuídate, Fron.

El Pesador sonrió.

Lo haré, aunque no sea más que por seguir tu consejo.

Zoé volvió a ruborizarse.

Hay gente muy mala aquí, en Albynia, Fron.

Para mí, eso es lo de menos, Zoé. Lo importante es…

¿Sí, Fron?

Lo importante es — completó él la frase—, que no te importa la amistad con un Pesador.

Zoé sonrió.

Yo creo que empieza a gustarme mucho —respondió.

Y, de súbito, se puso de puntillas y le besó en los labios. Después, roja como una guinda, giró sobre sus talones y echó a

correr hacia la puerta.

Fron sonrió unos instantes. Luego meneó la cabeza y volvió los ojos hacia el derrotado Oreal, que empezaba a relucir en el suelo.

A fin de acelerar su recuperación, le echó encima el contenido de una jarra de agua. Oreal tosió, estornudó, emitió unas cuantas palabrotas y, al fin, terminó por sentarse en el suelo, aturdido todavía y sin saber muy bien lo que había pasado.

Fron le agarró por el cuello y le obligó a incorporarse, pegándole un par de sacudidas que hicieron entrechocar sus dientes ruidosamente.

¡ Lárgate, bellaco! —le espetó—. No vuelvas a acercarte más a mí, o le buscaré un trabajo extra a Satanás.

Los ojos de Oreal le contemplaron con odie.

Volveremos a vernos —contestó en tono rabioso—. Y la próxima vez no fallaré.

Fron Derr no quiso molestarse en contestarle. Condujo a su indeseable huésped hasta la puerta y, una vez abierta, lo expulsó al pasillo de un formidable puntapié, que lo arrojó hasta la pared opuesta. A continuación, cerró y regresó al interior a fin de terminar de preparar su equipaje.

Cuando hubo terminado, pidió un helitaxi, que le condujo rápidamente al astropuerto. Anunció al control orbital su intención de despegar y se dirigió hacia su astronave. No dijo hacia dónde pensaba volar; un Pesador estaba exento de semejante formalidad, por razón de su cargo.

Antes de subir a su aparato, sin embargo, realizó una detenida inspección del mismo. En algunos lugares de su estructura había colocado unos sellos invisibles, que sólo eran captados por la retina cuando los enfocaba el haz de rayos ultravioleta de una minúscula linterna de luz negra que llevaba en su equipo personal. Los sellos de la puerta estaban asimismo intactos, lo cual le tranquilizó acerca de cualquier posible sabotaje cometido en la nave durante su ausencia.

Cinco minutos más tarde, levantaba el vuelo y se dirigía hacia el lugar donde había muerto su compañero Uttar.

* * *

Era una llanura árida, inhóspita, calcinada por el sol de milenios, en la que no crecía una sola planta, ni se divisaba la menor corriente de agua ni vivía un solo animal. La visión no podía ser más deprimente.

El tono medio era gris, un gris ceniza, volcánico, que a veces parecía negro. Abundaban los esquistos y las tobas de origen volcánico, y en algunos lugares se divisaban extensas fajas de lava petrificada, que brillaba con cegadores destellos al reflejar los rayos de la estrella que alumbraba el planeta.

Por el expediente de la muerte de Utter conocía exactamente el emplazamiento del sitio donde había sido enterrado. Una vez halladas las coordenadas, voló despacio a unos metros del suelo, hasta divisar el amontonamiento de rocas bajo el cual yacían los restos de su compañero.

La nave, por supuesto, no estaba. Había sido transportada a la capital y devuelta luego a Frahannia. Pero se veía la lápida, hecha de un trozo de losa volcánica, que encabezaba la tumba.

Fron sacó las patas sustentadoras del aparato. Este se posó en el suelo. A continuación, el joven preparó algunos utensilios que necesitaría momentos más tarde.

Salió fuera de la nave. Una densa vaharada de calor le golpeó el rostro brutalmente. Casi se quedó sin aliento al sumergirse en aquella tórrida atmósfera.

Caminó hacia la tumba. Algunas piedras eran muy grandes y necesitó de una palanca para apartarlas. Hubiera podido pulverizarlas, empleando la pistola descohesiva, pero corría el riego de destruir el cadáver de Uttar.

El sudor se evaporaba rápidamente. En aquel lugar, un hombre, sin la debida protección, corría el riesgo de morir deshidratado en pocas horas.

El cuerpo de Uttar apareció al fin. El mismo calor y la absoluta sequedad del desierto habían iniciado ya el proceso de momificación, sin que el cuerpo presentarse señales de corrupción. A primera vista, parecía que Uttar hubiese muerto de sed.

Tomó el cadáver en brazos y lo transportó hasta situarse bajo la nave. La altura de las patas era de unos dos metros y la misma nave proporcionaba un círculo de sombra de veinte metros de diámetro.

En seguida empezó a trabajar con su pequeño laboratorio

portátil. Era preciso realizar un análisis detenido de las causas de la muerte del Pesador.

La labor le ocupó dos días enteros. Por último, llegó a una conclusión.

Al terminar, grabó su informe en hilo magnetofónico. Cuando tuviese tiempo, establecería comunicación, por onda subespacial, con Frahannia, conectaría la grabadora y el informe sería transmitido automáticamente.

Sepultó de nuevo el cuerpo de Uttar. Esta vez, sin embargo, le excavó una tumba auténtica, no lo depositó bajo un montón de rocas. Utilizó su propia perforadora, que en pocos minutos pulverizó el suelo en las dimensiones necesarias para contener los restos del infeliz Pesador.

Cuando hubo concluido, empezó a desembarcar los instrumentos que había de emplear al día siguiente: la ultrasonda sísmica, el medidor de gravedades, el computador de atracciones planetarias, los detectores de radiactividad y una serie de aparatos más que hubieran enloquecido a diez ingenieros juntos. Pero un Pesador empezaba a estudiar su oficio a los nueve años de edad y, a los treinta, todavía no se le consideraba como conocedor de su oficio.

Fron lo era porque su padre y su abuelo lo habían sido. En realidad, podía decirse que el cargo era hereditario; ¿quién iba a ser Pesador más que el hijo de un Pesador?

Terminado el trabajo, se dio cuenta de que el cielo se teñía de violeta. Las noches en el desierto eran muy frías.

Amontonó un puñado de rocas. Con la pistola termonuclear les prendió fuego. Las piedras arderían, sin humo y sin llama, durante toda la noche, proporcionándole algo de luz y el calor suficiente. Claro que podía refugiarse en el interior del aparato, cuya atmósfera estaba acondicionada, pero el joven prefería dormir al exterior, vigilando sus aparatos.

Cenó rápidamente, se embutió en su saco de dormir, y poco después, el sueño le hacía olvidar por completo todas sus preocupaciones.

VIII

Se despertó bruscamente, sin saber qué había cortado el profundo sueño en que estaba sumido. Un extraño presentimiento le hizo saber que no estaba solo en aquella vasta llanura.

El frío era intensísimo. Los contrastes de temperatura entre el día y la noche eran brutales. Fron calculó que la columna de mercurio debía marcar 16.° negativos, por lo menos.

Escuchó con atención. No se percibía el menor sonido. La ausencia de sonido era absoluta, total. Daba pavor, incluso; parecía que se viviera en un planeta en el cual hubiesen sido proscritos los ruidos en absoluto.

Pero había alguien no lejos de él, lo presentía por una especie de tacto mental, indefinible, aunque casi tan seguro como el físico.

Sin hacer el menor ruido, se salió del saco de dormir. A su lado tenía las armas defensivas. Se puso el cinturón y, a gatas, se separó del circuí» de luz rojiza que despedían las piedras convertidas en carbón ardiente.

Anduvo de puntillas, hasta pasar al otro lado de la nave. Las patas eran casi tan gruesas como su cuerpo, a fin de poder soportar un peso de docenas de toneladas.

Sólo tenía a la vista uno de los satélites de Albynia, precisamente el más pequeño, el cual parecía una estrella moviéndose con cierta rapidez en el cielo. Albyn II se hallaba en aquel momento sobre el hemisferio opuesto; de otra forma, su luz le habría permitido ver a gran distancia. De repente, oyó el crujido de unas piedrecillas cerca de él. Se agachó poco a poco, a la vez que preparaba algo con su mano derecha.

Esperó unos segundos. Dos vagas siluetas se recortaron contra el

resplandor del fuego de piedras.

De repente, Fron movió la mano derecha, arrojando hacia los intrusos el objeto que tenía en la misma. Un vivísimo resplandor disipó al instante las tinieblas.

No era una bomba solar, sino de luz. Su resplandor podía durar diez minutos y, cien metros a la redonda, permitía ver con toda facilidad.

Los dos sujetos se quedaron un instante paralizados por el asombro.

Fron les apuntó con la pistola paralizante. A pesar de ello, tenía en la izquierda la pistola descohesiva; no quería correr riesgos. Pero, defraudado, se dio cuenta que la distancia era excesiva para sus proyectiles narcóticos.

¡Alto! —gritó—, ¡No se muevan! ¡Están cubiertos!

La respuesta fue un proyectil disgregador, que abrió un hoyo de cuatro metros a pocos pasos del lugar en que se hallaba, tras una violenta detonación.

¡ Escapa, tú! —oyó Fron una voz—. ¡ Nos ha descubierto!

¡Quietos! —repitió el joven, saltando hacia un lado al mismo tiempo.

Los sujetos corrían hacia las tinieblas. Fron apuntó con todo cuidado y disparó al centro de ambos un proyectil descohesivo.

Sintió en la mano la sacudida de la pistola. Diez metros por delante de los fugitivos brotó un chorro de polvo grisáceo.

Los asaltantes se separaron. Uno de ellos consiguió ganar la oscuridad y se perdió de vista.

El otro, más valiente o quizá viéndose perdido, giró sobre sus talones y disparó contra el joven.

Fron sintió cerca de su rostro el profundo rugido del proyectil disgregador, que fue a perderse en un distante montón de rocas. En el mismo instante, apretaba de nuevo el gatillo.

Su bala alcanzó de lleno al individuo. Éste se inmovilizó de repente.

Permaneció así un largo segundo. Luego, como si hubiese estado hecho de arena, se desmoronó, hasta quedar convertido en un montoncito de polvo de un repugnante color rojizo.

Unos momentos después, Fron oía el agudo chillido de una nave que escapaba a toda velocidad. A pesar del intonso frío, el Pesador

se dio cuenta de que estaba sudando copiosamente.

El resplandor de la bomba lumínica se extinguió a los pocos minutos. Fron tuvo tiempo, empero, de echar una paletadas de tierra sobre los restos pulverizados de su atacante.

Aunque estaba seguro de no ser ya atacado, aquella noche no durmió ya.

* * *

Por la mañana, después de desayunar, se dispuso a dar comienzo a su trabajo.

Entonces, oyó el sonoro «ding-dong» de la alarma sonora conectada al radar.

Apretó de nuevo su pequeño arsenal. Tal vez por la noche hubiese debido conectar dicha alarma, pero ya era tarde para reproches.

Pocos minutos más tarde, divisó el aparato que se le acercaba. Era de tipo más pequeño que el suyo, con capacidad para cuatro plazas y autonomía subatmosférica.

La navecilla dio un par de vueltas sobre él y luego tomó tierra suavemente a corta distancia a la del Pesador. Segundos después, se abría la escotilla y una figura familiar saltaba al suelo.

¡ Zoé! —gritó Fron, corriendo a su encuentro.

Los ojos de la joven brillaron al verle.

Me alegro de ver que estás bien, Fron —dijo.

Fron oprimió con fuerza una de las manos de Zoé con las suyas. Vagamente se dio cuenta de que ella traía un rollo de papeles consigo, pero sus ojos estaban fijos en los de la joven.

Sí, aunque más se debe a un exceso de suerte —contestó al cabo. La tomó por un brazo—. Aquí hace calor ya; vamos a la sombra.

Desde luego. ¿Ha ocurrido algo en estos días, Fron?

Esta noche he sido atacado. Ignoro sus atenciones, pero, cuando les eché el alto, dispararon contra mí. Tuve que matar a uno de ellos. El otro consiguió escapar.

Ya estaban a la sombra de la nave de Freí». El rostro de Zoé mostró el pesar que sentía.

¿Por qué te atacaron, Fron? —quiso saber.

Lo ignoro... hasta cierto punto, claro. Si* embargo, estoy

temiendo que todo lo que me esté pasando tiene cierta relación con la orden que me di# Oreal la primera vez que nos vimos.

Te prohibió venir a Albynia.

Sí.

Uttar debía estar ya en el planeta —dijo ella con aire pensativo —. Debió de ser entonces cuando lo asesinaron.

Sin embargo, será difícil probar el crimen.

¿Por qué?

Realmente, murió deshidratado por el calor.

¿Estás seguro?

Le hice la autopsia yo mismo. Claro está, se puede matar a un hombre de sed, prohibiéndola beber.

Zoé se horrorizó.

Es muy posible —manifestó él—. O tal vez le atontaron a golpes, dejándole luego expuesto al sol sin ninguna protección. En un par de horas, un hombre puede atrapar una insolación de efectos fatales.

Pero los golpes tendrían que advertirse en su nuca —alegó Zoé.

No, si se los asestaron con algún objeto relativamente blando, pero con un núcleo duro. Además, aunque se encontrasen rastros de esos golpes, cualquiera podría alegar que Uttar tropezó y cayó. Hay muchas rocas por estos parajes, ¿comprendes?

Ella asintió con gesto pesaroso.

No hay duda; Huss está dispuesto a llevar adelante sus planes.

¿A qué planes te refieres? —inquirió él, extrañado.

Zoé le entregó los papeles.

Esto es todo lo referente a la máquina de Doo. Yo los he leído por encima, pero, con franqueza, no he conseguido entender mucho. Nada, sería una palabra mucho más ajustada.

Fron soltó la banda elástica que sujetaba los papeles y les arrojó un rápido vistazo.

Hay mucho que leer aquí —dictaminó, al cabo—. Horas enteras.

—¿Y…?

Lo haré más tarde. Ahora tengo trabajo.

Señaló el montón de instrumentos, colocados en un aparente desorden, bajo una gran lona cuadrada sostenida por cuatro patas de la suficiente altura para poder trabajar cómodamente bajo su sombra.

Si tienes apetito en mi nave hay comida—indicó.

Ella le dirigió una afectuosa sonrisa.

Piensas en todo, Pesador.

Fron tuvo un rasgo de humor.

Me parece que estás un poco flaca —dijo.

Mi peso es el correcto —se picó ella.

No lo dudo, pero a mí me gustan más llenitas.

¿Me estás llamando fideo?

Fron la atrajo bruscamente hacia sí y la miró al fondo de los ojos. Ella respiró anhelante, en silencio.

Me gustas tal como eres —dijo Fron al cabo.

Y esta vez, no les interrumpió nadie.

Momentos después, se separaban. Encendida y sofocada, Zoé se atusó el pelo.

Creo que sí, que necesito comer un poco —sonrió.

Y se dirigió hacia la nave, mientras Fron se disponía a dar comienzo a su labor.

La lona detenía los rayos solares, pero bajo ella reinaba una temperatura de horno. Fron se despojó de la camisa, quedando en pantalones cortos.

Un cable unido a la nave suministraba a los instrumentos la energía necesaria. Fron dio comienzo a su labor, con la pericia propia de dos décadas y media de duro entrenamiento.

Zoé llegó más tarde. También había suprimido buena parte de su vestuario, quedando igualmente con unos «shorts» y una blusa sin mangas, que modelaba las firmes líneas de su busto.

¿Puedo ayudarte? —preguntó.

Fron presionó un botón en aquel instante. La aguja del sismógrafo osciló ligeramente.

Le entregó un bloc y un lápiz.

Escribe lo que te dicte —dijo.

Sí. ¿Cómo está el subsuelo?

Bien, hasta los dos mil metros. Veamos ahora mil metros más.

Presionó otro botón. La ultrasonda emitió una descarga silenciosa a través de tres millares de metros de materia sólida.

Tres mil, bien —dijo él.

Zoé lo anotó. Fron siguió explorando el interior del planeta , hasta alcanzar su centro.

No hay desviaciones sismológicas de importancia— diagnosticó al cabo—. El terremoto de hace unos meses fue debido a un ajuste de ciertas capas geológicas, situadas a trescientos cincuenta kilómetros de profundidad.

Los síntomas son buenos, ¿no? —preguntó ella.

Por ahora, sí —respondió Fron—. Veamos la intensidad gravitatoria.

Se trasladó a otro aparato, que puso en funcionamiento. Era el medidor —pesador, en lenguaje vulgar —de la intensidad de la gravedad. Fron estudió con suma atención las indicaciones de las esferas.

No entiendo nada —dijo Zoé, rompiendo un silencio de largos minutos.

Fron continuaba callado. Zoé se dio cuenta de que se había formado un profundo pliegue en su frente, signo de una intensa preocupación.

La intensidad de la gravedad de Albynia ha descendido en una proporción de una vigésima parte inferior a lo normal.

Es decir, que un kilo pesará ahora novecientos cincuenta gramos.

Eso es.

¿Y puede tener importancia, Fron?

El joven hizo un gesto de disgusto.

Una disminución en la gravedad superior a la centésima parte de lo normal es ya motivo de preocupación, Zoé. Ahora, imagínate si esa disminución es veinte veces mayor, las cosas que uno puede llegar a pensar.

Entonces, ¿nos hallamos en una grave situación?

Mucho me temo que sí —contestó él en tono sombrío.

IX

Sobrevino un momento de grave silencio.

La disminución de la gravedad origina tensiones en el planeta —dijo Zoé—. ¿Qué tiempo habrá de pasar antes de que se produzca el estallido?

No lo sé. Todavía me faltan muchas observaciones que hacer. Antes de emitir un dictamen definitivo, tengo que estudiar, entre otras cosas, la intensidad de las atracciones de los planetas más próximos a Albynia.

El computador de atracciones planetarias estaba a dos pasos de distancia, Fron se trasladó a él y presionó el botón de arranque.

En su parte central disponía de una esfera, en la que aparecían los planetas más próximos a Albynia y cuyas fuerzas de atracción podían influir es éste. Había, en total, unos veinticinco.

Una esfera reflejaba la intensidad de la atracción. Fron movió el mando que situaba la imagen de cada planeta en el centro de la retícula de la pantalla. Cada vez que conseguía un «blanco», presionaba un botón y la aguja de la esfera se movía unos segundos, hasta señalar una cifra en la curva graduada.

Entonces, Fron dictaba la cifra y Zoé la anotaba en la libreta.

La operación duró largo rato. Cuando hubieron terminado, Fron estudió las anotaciones.

Hay una cierta descompensación en el sector norte, ángulo estelar 12.°.

Un aumento de la atracción de otro planeta...

Fron se calló de pronto.

Sigue —le acució Zoé.

Encuentro muy extraño...

Fron parecía hablar consigo mismo. Zoé estaba intrigadísima, ante la rara actitud del joven.

¿No puedes decirme nada? —preguntó ella ávidamente.

Tenemos que repetir las mediciones gravitatorias —contestó él de forma evasiva.

Volvió a empezar la misma tarea, computando los resultados actuales con los anteriores.

Al terminar, dijo:

No, no hay error.

Error, ¿en qué, Fron?

Las fuerzas de atracción de los veintitantos planetas de este sistema continúan teniendo el mismo valor, es decir, que no han aumentado. Sin embargo, hay una fuerza de atracción extraña que actúa sobre Albynia y que no corresponde a ninguno de dichos planetas.

Zoé estaba desconcertada. Fron repasó una vez más las anotaciones de las libretas.

Voy a pasarlas a la calculadora electrónica —decidió de repente.

Se puso en pie y caminó hacia la nave, que estaba provisto de una modernísima calculadora. Sentándose ante el teclado, fue escribiendo los datos tomados del computador de atracciones gravitatorias, introduciendo a continuación una serie de preguntas, formuladas según el código propio bajo el que actuaba la máquina.

La nave, por supuesto, disponía de refrigerador. Zoé le trajo una bebida fresca, que él apuró en silencio, mientras contemplaba pensativamente el centelleo de las docenas de lucecitas del panel de la máquina. Al cabo de unos minutos, empezó a salir una larga tira perforada con orificios redondos y rectangulares, no mayores de un milímetro por lo general, aunque de tamaños diferentes, apenas perceptibles a ojo desnudo.

El extremo de la cinta fue introducido en una ranura de otra máquina, una traductora que había junto a la calculadora. Los círculos y rectángulos se transformaron en letras y cifras perfectamente legibles en una tira iluminada, que iban pasando a la velocidad adecuada ante los ojos del joven.

¿Qué dice la máquina? —preguntó Zoé al cabo de un rato, ardiendo en impaciencia.

Confirma mis pronósticos —respondió él con voz sombría.

Es decir, que Albynia sigue sometido a una fuerza de atracción extraña.

Sí.

¿Algún planeta desconocido, de tamaño muy superior a la media?

No hay ya planetas desconocidos en este super-sistema.

Tal vez —apuntó ella—, la máquina está descompuesta.

No. Funciona a la perfección.

— Entonces...

Fron se puso en pie y dio un par de cortos paseos por la cabina.

No sé qué decirte —habló al cabo—. El caso es nuevo para mí. Albynia está sometido a una extraña fuerza de atracción, cuyo origen no acabo de detectar ni mucho menos de comprender. No es muy fuerte, por ahora, sin embargo; lo cual no quiere decir que no acabe aumentando con el tiempo.

No obstante, habrían de pasar años antes de que se produjese el estallido.

Es posible —convino él—. Si estuviese en Frahannia...

¿Por qué dices eso, Fron?

En nuestro centro tenemos un archivo completísimo de todos los casos ocurrí; los —contestó el Pesador—. Es posible que encontrase allí algún suceso similar, cuyas consecuencias podría extraer, y aplicar, en Albynia, por analogía.

Podemos hacer el viaje a Frahannia —sugirió la muchacha.

Fron sacudió la cabeza.

No. Enviaré un mensaje por frecuencia subespacial, con todos los datos obtenidos. Será más rápido y no tendremos necesidad de movernos de aquí. Quizá —añadió sin demasiado entusiasmo— acabe encontrando ese dato mientras me llega la respuesta.

Muy bien —admitió ella—, de acuerdo. Pero antes vamos a comer un poco. Puede qué no te hayas dado cuenta de ello, pero hace ya bastante rato que pasó el mediodía.

El conocido sentido práctico de las mujeres —sonrió el—. No, lo siento, Zoé; el mensaje es más importante. Necesito la respuesta cuanto antes.

Puso en funcionamiento la radio, estableciendo la frecuencia subespacial. A continuación, tecleó los datos sobre atracciones gravitacionales, en medio de un profundo silencio. Añadió algunos

suyos y terminó solicitando el estudio de los datos transmitidos y su análisis y pronóstico, por comparación con algún posible caso sucedido en otros subsistemas.

Terminó el mensaje y dejó la radio abierta. Quería oír la señal de llamada en cualquier momento, aunque estuviese dormido.

Zoé ya tenía la mesa puesta. Entonces Fron se percató de que tenía verdadero apetito.

Estoy tan hambriento como un caimán —dijo.

Te acompañaré —añadió en tono malicioso—. Y procuraré no quedarme rezagada; ya sé que me encuentras flaca.

Era sólo un comentario —contestó él, sonriendo.

Sí, sí…, lo decías en broma, pero lo pensabas en serio.

Fron la atrajo hacia sí y la besó.

Me gustas tal como estás —murmuró con pasión.

Ella entrecerró los ojos.

Es maravilloso.

¿Qué es maravilloso, Zoé?

Lo que me está sucediendo, Fron. Estoy enamorada.

¿De mí?

¿De quién iba a ser, si no?

¿Ya te has fijado bien en quién soy y lo que hago?

¡Al diablo con los prejuicios! —exclamé Zoé en tono vehemente —. Te amo y me casaré contigo.

Eso mismo dijeron antes que tú muchas mujeres valientes.

Zoé se puso seria.

Y ¿qué pasó? —quiso saber.

Pues que se casaron con su Pesador y nacieron otros Pesadores.

Ella rió contenta y volvió a besarle.

Había entendido mal, querido. Nuestro hijo, o los hijos que tengamos, serán también Pesadores, el que lo desee, claro. Es un oficio fascinante, ¿no es así?

A mí me gusta. De vez en cuando —dijo él en tono intrascendente—, uno se encuentra con una chica guapa en un planeta inhabitable.

Zoé perdió otra vez la sonrisa.

No fue agradable la estancia en Stario —confesó.

¿Qué hacías allí?

Realizaba una misión de vigilancia, por encargo de mi padre.

¿A quién vigilabas?

A usos individuos a quienes tú no conoces, pero cuyas intenciones no tienen nada de buenas, uno de ellos, lo he sabido después, era colaborador dé Errel Doo.

Y ¿qué hacían allí?

No tuve tiempo de averiguarlo. Escaparon antes de que consiguiera saber nada, pero ellos averiaron mi aparato. Lo hubiera pasado mal, a no ser porque el radar seguía funcionando y pude detectar tu nave.

Entiendo —dijo él, con gesto pensativo—. Y todo eso que sucede tiene alguna relación con la prohibición que Oreal me formuló en Frahannia.

Sí.

X

El resto del día transcurrió sin ninguna novedad, con exasperante lentitud. Al oscurecer, Fron colocó una docena de montones de piedras, en círculo, alrededor de la posición, y las incendió con su pistola termonuclear.

Zoé se tendió a dormir. Pasada la medianoche, se despertó y vio al joven en pie, cerca de un montón de rocas en estado incandescente.

Fron.

Sí, Zoé.

Tienes que descansar. No puedes estar así toda la noche.

—No tengo sueño.

No importa. Necesitas descanso, debes relajar tus nervios. De lo contrario, te agotarás y estarás en inferioridad de condiciones, cuando más lo necesitas.

Fron reconoció lo acertado de las observaciones de la muchacha.

Está bien —accedió al cabo.

Zoé se puso en pie. Dada la frialdad de la noche, se había puesto unos pantalones largos y un chaquetón acolchado.

Yo vigilaré. Duerme, te hace falta.

Fron se metió en el saco de dormir.

A pesar de todo, cuando oigas la señal de llamada de la radio subespacial, despiértame en el acto.

Lo haré — prometió ella, con dulce sonrisa.

Fron estaba nervioso. Pese a ello, a los pocos momentos, sintió un suave relajamiento, que más tarde se transformó en un profundo sueño.

Estuvo durmiendo hasta que Zoé le sacudió con fuerza para despertarle.

Al mismo tiempo que sus palabras, oyó el «ding-dong» de alarma.

¡Arriba, Fron! —exclamó ella—. Viene una nave.

El joven salió del saco de dormir en el acto. Aprestó el armamento, a la vez que escrutaba el cielo, que ya había tomado la brillantez propia del día.

La nave descendió suavemente a pocos pasos de distancia. Fron la contempló con recelo.

Se abrió una escotilla y varios hombres saltaron al suelo. De repente, Zoé lanzó una aguda exclamación:

—¡ Papá!

Y echó a correr hacia el grupo.

Fron permaneció en el mismo sitio. Segundos después, Mari Lossath, el rector de Albynia, estrechaba su mano con fuerza.

Celebro conocerle, Fron —dijo.

Gracias, Rector — contestó el joven—. El honor es mío.

Lossath le presentó a los miembros de su séquito.

Todos son de absoluta confianza —dijo al terminar.

Me alegro mucho —manifestó Fron—. Las circunstancias son como para recelar de todos.

Es cierto — convino el Rector —. Y cada vez van empeorando más.

Fron enarcó las cejas.

¿Qué sucede? —inquirió.

Unos ambiciosos tratan de dar un golpe de estado —contestó el

padre de la muchacha.

Encabezados por Huss Oreal.

Sí, ¿cómo lo sabe? —respingó Lossath.

Fron sonrió.

Sospechaba algo —contestó— a la vista de la actuación de ese sujeto. Usted acaba de confirmar mis sospechas. ¿Cuáles son sus pretensiones? —inquirió.

Tomar mi puesto y establecer sus propias leyes, con ayuda, claro está, de unos cuantos ambiciosos. Entre ellos, Dena Arlan.

Pero eso no se puede hacer tan fácilmente —objetó el joven—. En Albynia hay cientos de millones de habitantes y una fuerza de orden público adecuada al número total de la población del planeta. ¿Cuántos son ellos? ¿Diez..., cien, mil, como máximo?

No importa el número, sino las armas de que disponen.

Fron miró al rector con aire de perplejidad.

Sigo sin entender.

En aquel momento, Korsvan, uno de los acompañantes del Rector, que ostentaba el cargo de director de Seguridad Planetaria, se adelantó un paso.

Tenía en la mano un papel.

Este mensaje se recibió ayer —habló—. Como verá, es contundente en extremo.

Fron tomó el papel. Su contenido era el siguiente:

> «En el plazo de una semana, el Rector Lossath deberá dimitir en favor de Huss Crea! quien nombrará su propio gabinete. De no hacerlo así, podrían derivarse incalculables perjuicios para el planeta. Y como prueba de que no hablamos en vano, mañana haremos una demostración de que cuanto decimos es cierto y no una simple fanfarronada. Levanten la vista al cielo a las doce en punto. Eso es todo.»

Fron miró al padre de Zoé, la cual permanecía silenciosa a un lado.

¿Qué clase de prueba van a hacer? —inquirió.

No lo sé, no tengo la menor idea —contestó el rector.

¿Van a lanzarse a una guerra civil?

Lo dudo mucho — terció Korsvan —. Las fuerzas de orden público no tolerarían una cosa semejante.

Pero obedecerían al nuevo Rector.

Sí —contestó Lossath—. Yo puedo dimitir, según la ley, y proponer a mi sucesor, el cual es aceptado por votación del gabinete.

Y los miembros de ese gabinete, naturalmente, serían amedrentados, o comprados, por Oreal.

Es posible — concordó el Rector.

Fron estudió de nuevo el papel.

Pero ¿qué diablos pretenden conseguir con esto? —exclamó.

Albynia es un planeta muy rico —respondió el padre de Zoé—. Tengo la impresión de que la cuestión económica está oculta bajo las ambiciones de Oreal.

El cual, como Rector y ayudado por unos cuantos ambiciosos como él, dictaría sus propias leyes al respecto, encaminadas a llenarse los bolsillos.

Exactamente. —Zoé dio un paso hacia adelante—. Trató de casarse conmigo, ambicionando entrar a formar parte del gabinete, y con la esperanza de suceder a mi padre más adelante, pero…

Pero ¿qué?

Las pruebas demostraron que no tiene las condiciones mínimas ni para llegar a ser ayudante cuarto del secretario de un director de departamento ministerial.

Entiendo —murmuró el joven en tono pensativo—. Ahora, si supiésemos cuál es su plan…

En tono desanimado, Lossath contestó:

No tenemos más remedio que esperar al mediodía, Pesador.

* * *

Los ojos estaban levantados al cielo.

Fron había montado un pequeño pero potente telescopio, a través de cuyo ocular exploraba el cielo con frecuencia, sin distinguir nada que no fuera el azul resplandeciente de las alturas.

Por enésima vez, consultó su reloj.

Sólo faltan ya quince minutos —dijo.

La tensión les impedía sentir el calor, pese a que el sol batía con

furia el desierto.

Pronto lo sabremos —dijo Zoé, a su lado, con voz apagada.

Pasaron algunos minutos. De pronto, un agudo silbido, con distintas alternativas de volumen, salió por la escotilla abierta de la nave del Pesador.

¡La radio subespacial! —exclamó Fron—. Me había olvidado de ella.

Corrió hacia la nave, se introdujo en su interior rápidamente y tomó asiento ante el receptor.

Una tira de papel salió por una ranura, cuando apretó el botón de recepción. Segundos después, conocía la respuesta.

> «Estudio datos remitidos y por comparación con caso similar número 778/5-C indica claramente qué tensiones gravitatorias son debidas a alteración peso gravedad cuerpo celeste situado más próximo a Albynia que cualquier otro planeta de su subsistema.»

Fron estudió el mensaje con atención.

¿Qué cuerpos celestes hay más cerca de Albynia que cualquier otro planeta de su subsistema? —presunto en alta voz, de forma mecánica.

Dos satélites, Fron.

El joven respingó. Abstraído en la lectura del mensaje, no se había dado cuenta de que Zoé estaba a su lado.

Dos satélites —repitió—. ¡Claro, qué estúpido soy! —Lanzó un enérgico taco—. Se supone que estás delante de un Pesador, Zoé.

Ella le dirigió una afectuosa sonrisa.

Cualquiera está expuesto a cometer u» error, Fron.

No esta clase de errores, de los cuales depende la supervivencia de centenares de millares de personas —masculló él con amargura. Reflexionó unos instantes en silencio, calculando mentalmente las órbitas de los dos satélites de Albynia. Al cabo, dijo—: Tendremos a Albyn I sobre nuestras cabezas dentro de pocos minutos.

¿Qué va a pasar, Fron? —preguntó ella, alarmada.

Salgamos afuera y lo veremos.

Abandonaron la nave. Lossath y sus acompañantes estaban refugiados bajo la lona y les miraron con inquietud.

Creo —dijo Fron— que Albyn I va a estallar en mil pedazos.

Lossath se sobresaltó.

¿Es cierto? —exclamó.

No tardaremos mucho en salir de dudas —contestó el joven.

Korsvan se precipitó sobre el telescopio.

Es inútil; ya lo he probado antes —dijo Fron—. El satélite está demasiado lejos y, además, en una posición tal que no refleja los rayos del sol. Por tanto, no podemos verlo tan bien como vemos a Albyn II.

La mano del joven apuntó hacia un lugar del cielo, donde se veía la pálida esfera del otro satélite, situado ya cerca del horizonte.

Fron consultó el reloj.

Son las doce en punto —dijo.

XI

Durante unos momentos, no ocurrió nada de particular.

De súbito, Zoé lanzó un agudo grito:

¡ Allí!

Su mano señalaba hacia un punto del cielo, donde se divisaba un punto rojizo, que se desplazaba rápidamente en el espacio.

El punto rojizo adquirió una blancura cegadora. De repente, estalló con un vivo fogonazo.

Otra luz análoga se vio casi en seguida, y otra y otra...

Albyn I ha estallado —dijo Fron—. Son sus fragmentos los que se incendian al penetrar en la atmósfera a fantástica velocidad.

Los trozos del satélite, un asteroide más bien, por su escaso tamaño, ardían por fricción con la atmósfera, a velocidades a veces superiores a los cuarenta mil kilómetros, lo que provocaba su incendio primero y su explosión casi en seguida.

La Mayoría de los fragmentos del satélite se vaporizaban en las capas altas de la atmósfera. Otros caían a tierra, aunque considerablemente disminuido su tamaño por los efectos de la fricción, que al provocar elevadísimas temperaturas transformaba los minerales en vapor, que luego se convertía en impalpable polvillo meteorítico.

Algunos trozos, sin embargo, eran demasiado grandes. Uno de ellos cruzó la atmósfera como un bólido, dejando a su paso una estela de atronador ruido, que hería cruelmente los oídos. No vieron la caída, pero sí percibieron el temblor del suelo provocado por el impacto.

La lluvia de fragmentos duró contados segundos, pero, no obstante, se les hicieron interminables a todos los presentes. Cuando

el fenómeno hubo concluido, un denso silencio cayó sobre aquel lugar.

El siguiente paso es la destrucción de Albyn II —dijo Fron Derr, el primero en expresar lo que todos pensaban.

Zoé le cogió por un brazo y le miró con ansiedad.

¡ Fron! ¿No hay algún medio para evitar la catástrofe que pretende desencadenar ese monstruo?

Sí, uno —contestó el joven.

¿Cuál? —preguntó Lossath ávidamente.

Matarle — terció Korsvan.

No sería mala solución si, primero, supiésemos dónde está —dijo el pesador— y, segundo, si Oreal no lo tuviese todo previsto y dejado listo el mecanismo de explosión para que actúe aun cuando él haya muerto. No lo sé, me lo imagino — agregó Fron —, pero estoy seguro de que es así.

Yo también opino lo mismo —dijo Lossath—. Pero tenemos que evitarlo.

¿Cómo? —preguntó la muchacha.

Miraba a Fron, como esperando la respuesta salvadora.

La solución está en los papeles que me trajiste —dijo él—. Es el invento de Doo, pero tengo que estudiarlos de nuevo. Y esta vez, a conciencia.

No disponemos de mucho tiempo —habló el Rector—. Apenas una semana.

Lo sé, señor —contestó Fron—. Pero antes de que concluya ese plazo, habré dado con la solución definitiva.

O tendré que dimitir —murmuró Lossath en tono sombrío.

Fron comprendió los sentimientos del rector. No le importaba por él mismo, sino por los millones de víctimas que podía causar la insaciable avaricia de Huss Orea!.

* * *

Zoé entró en la habitación, portadora de una bandeja con unos platos.

Fron.

El joven levantó la vista.

¡ Eh! Hola, Zoé —sonrió con desgana.

Tienes los ojos enrojecidos y una barba de tres días —dijo ella, barriendo con la bandeja los papeles de la mesa—. Come algo o te caerás redondo. — Le besó suavemente en una mejilla—. Recuerda: el sentido práctico de las mujeres.

Fron sonrió.

Cierto —convino. Y atacó la cena con magnífico apetito—. ¿Qué hay de nueve?

La policía está buscando con ahínco a Huss. Hasta ahora, no han conseguido dar con él.

Está muy bien escondido, como es natural.

Zoé se sentó frente al joven.

¿Qué has sacado en limpio?

Ese granuja ha desarrollado el invento de Doo.

¿Que consiste en...?

Una máquina superpotente, disgregadora de las moléculas de los cuerpos. Está actuando ya, aunque parcialmente, y esto es lo que provoca los síntomas advertidos hasta el momento en Albynia.

Una especie de gigantesca pistola descohesiva, vamos.

Exactamente.

¿Cómo actúa?

Pues muy sencillo: emitiendo descargas disgregadoras en todas direcciones. En el caso de Albyn I, provocó la desunión de las diferentes capas geológicas, quebrantando, al mismo tiempo, la atracción interna, es decir, la acción de la gravedad que obra, como sabes, de fuera a dentro y, naturalmente, el satélite estalló.

¿Crees que hará lo mismo con Albyn II?

Zoé estaba muy pálida.

Sí —respondió él en tono rotundo.

Pero Albyn II es muy grande, casi un planeta. Tiene más de cuatro mil setecientos kilómetros de diámetro..., la máquina ha debido de ser colocada en el centro, a fin de que sus descargas descohesivas actúen en sentido radial. Ello significa que ha tenido que practicar una perforación de más de dos mil kilómetros.

La ha hecho —afirmó Fron.

Zoé se tapó la cara con las manos.

Entonces ¿no habrá más remedio que transigir con sus pretensiones?

No. Le derrotaremos antes.

— ¿Cómo?

Fron sonrió.

Estoy cansado. Dormiré un buen rato. Tengo la seguridad de que, cuando despierte, se me habrá ocurrido alguna buena idea.

Zoé le miró con pena. Fron le decía aquello para consolarla. Pero lo cierto era que el joven no había dado con la solución.

XII

Fron Derr se alojaba en la propia residencia del padre de la muchacha.

Pasada la medianoche, se despertó y quedó sentado en la cama.

Estuvo reflexionando durante algunos minutos. Luego, echando las ropas a un lado, fue al baño y tomó una ducha, vistiéndose a continuación.

Usó el visófono y marcó un número. Habló sin que le contestasen, pero estaba seguro de que sus palabras serían registradas en el visófono del otro lado de la línea.

Tomó asiento en un sillón y se dispuso a esperar.

Dejó pasar tres horas. Calculó que era el tiempo aproximado.

Entonces, cuando todavía faltaba una hora larga para el amanecer, se puso en pie y se dirigió hacia la salida.

Había dos guardias en la puerta. No le dijeron nada, porque ya le conocían, pero hubiera sido lo mismo: su escudo de Pesador le abría todas las puertas. Ignoró las miradas de repugnancia que le dirigían y caminó con paso rápido hasta la próxima avenida.

La residencia del Rector se hallaba un poco apartada de las rutas públicas de transporte, en un espacio ajardinado, con bastantes árboles. Fron alcanzó la primera serie de cintas y, saltando de una a otra, alcanzó la de velocidad máxima.

Cambió de dirección varias veces. Media hora más tarde, se detenía ante un edificio de noventa pisos.

El ascensor le llevó hasta el último. Buscó una puerta, en la que aparecía el nombre del ocupante.

Llevaba todas sus armas y algunos utensilios especiales, metidos en una especie de cartuchera pendiente del cinturón. La cerradura

le cedió sus secretos en pocos momentos.

Entró en el apartamiento y lo exploró rápidamente. Estaba desierto.

Apagó las luces y buscó un sillón. Esperó.

Diez minutos más tarde, oyó un ligero chasquido. Aprestó su pistola narcótica.

Las luces del vestíbulo se encendieron. El recién llegado no se había percatado todavía de su presencia.

Era desconocido para Fron, pero supuso que se trataba de alguno de los secuaces de Oreal.

El sujeto se dirigió al visófono. Marcó un número y habló:

— Huss Oreal dice que se vaya usted al diablo y que sólo quedan ya tres días. Pasado ese plazo, si el rector no ha dimitido, Albynia será destruido.

Las palabras del individuo eran la respuesta al mensaje de Fron.

Fron suponía, certeramente, que Oreal tenía el visófono de su cara conectado con el escondite. Por lo tanto, el tipo había recibido su mensaje.

Pero no podía contestarlo, excepto hablando directamente desde el propio visófono, a fin de que Fron recibiese la respuesta más tarde, cuando pusiera en acción su receptor. Por dicha razón, había enviado a uno de sus cómplices.

Entonces, cuando el tipo había terminado su parlamento, Fron llamó su atención.

¡ Eh, tú!

El hombre se volvió, sobresaltado, al darse cuenta de que no estaba solo en el apartamiento. Fron disparó la pistola paralizante y el sujeto se derrumbó al suelo, completamente dormido.

Fron sonrió satisfecho. Colgó la pistola de su cinturón y se acercó al caído.

Diez minutos más tarde, estaría despierto. A fin de evitar perniciosas reacciones, lo sentó en una silla y lo ató a conciencia.

Mientras el otro estaba bajo los efectos de la droga, preparó alguno de los Utensilios que había llevado consigo. Luego esperó con toda tranquilidad.

Un cuarto de hora más tarde, el hombre abrió los ojos. Su sorpresa fue enorme al darse cuenta de que no podía moverse.

Fron sonrió.

Hola, amigo —dijo—. ¿Cómo te llamas?

Los ojos del individuo ardían de ira,

Suélteme —rugió.

Mi nombre es Fron Derr —contestó el joven—. ¿Ves este escudo?

El prisionero sonrió con desprecio.

Me llamo Helbo Corex, pero esto poco le va a decir a usted.

Desde luego. Un nombre significa poco —admitió el joven—. Pero tú vas a decir ahora algo más que tu nombre.

¿De veras? —Corex continuaba sonriendo.

Sí —afirmó Fron—. Mira esta bandejita.

Le indicó con la mano una que tenía sobre una mesita auxiliar, en la cual se divisaban unas cuantas ampollas de inyección automática. También había un frasquito con desinfectante y un poco de algodón.

Corex se puso pálido.

¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

Simplemente, que me digas dónde está Oreal.

No lo sé.

Fron no se inmutó. Con el índice, fue señalando las distintas ampollas.

Mira, Helbo —dijo—. Ésta contiene bipentotal, la droga de la verdad, como le suelen llamar. Hay tipos resistentes, sin embargo, por los que entonces se usa el líquido contenido en esta otra ampolla. —Meneó la cabeza con falso pesimismo—. Es muchísimo peor que la anterior, aunque mucho más efectiva. Ésta sí hace hablar, pero tiene el inconveniente de que luego provoca en el sujeto una locura furiosa e incurable. En tales casos, se usa el contenido de la tercera ampolla, a base de cianuro y unas cuantas porquerías más. Como es lógico, hay que evitar sufrimientos al paciente y…

Corex sudaba en abundancia.

Usted no se atreverá a hacerme una cosa así —dijo.

Pero su tono carecía de seguridad.

Fron sonrió. Mojó un poco de algodón en el desinfectante y avanzó hacia el prisionero, con una de las ampollas en la mano.

La verdad —dijo—, no sé para qué te voy a desinfectar el brazo, si la vas a «diñar» dentro de poco. Para no perder tiempo, dejaré de lado el bipentotal y emplearé la ampolla número dos. La locura

sobrevendrá en el espacio de cinco minutos, pero antes tu voluntad habrá sido mía y sabré lo que deseo averiguar: esto es, el escondite de Oreal. ¿Me lo dices o…?

Sobrevino un momento de silencio. Corex estaba aterrorizado.

Usted no puede hacerme eso —chilló.

¡ Habla!

La nuez del cautivo subió y bajó de prisa.

Oreal me matará…

¿Seguro? —sonrió el joven—. Morirás antes, así que suelta lo que sabes. Te garantizo que salvarás la vida.

Corex vacilaba.

No esperaré más —dijo Fron, avanzando hacia él.

¡ Deténgase! —aulló Corex—, ¡ Maldito, Oreal está en el Mar Opaco!

De Albyn II, por supuesto.

Sí. —Corex sudaba mares.

¿Qué hace allí?

Tiene una estación…

Sigue, no te detengas o te aplicaré la inyección —dijo el joven, perdiendo la paciencia por primera vez—. ¿Esa estación controla la máquina disgregadora de Errel Doo?

Sí. Basta presionar un botón para enviar los impulsos de radio que pondrán la máquina en su última etapa de funcionamiento.

Lo mismo que hizo con Albyn II.

Corex apretó los labios.

Es suficiente —dijo el joven.

De súbito, antes de que su prisionero pudiera darse cuenta de las intenciones que le animaban, dio un paso más y le clavó la aguja en el antebrazo.

El líquido pasó a la carne en el acto, de manera automática.

Corex lanzó un horrible chillido.

¿Qué hace, loco? ¿No le he dicho ya todo lo que sabía?

Fron sonrió.

Era sólo un simple narcótico. Dormirás lo suficiente hasta que llegue la policía a detenerte.

El rostro de Corex se deformó a impulsos de la rabia que sentía por haber sido engañado. Hizo un esfuerzo por soltarse las ligaduras, pero, de pronto, el narcótico hizo su efecto y su cabeza se

dobló sobre el pecho.

Fron le pegó un par de palmaditas en la nuca.

Gracias, amigo —dijo—. Tu colaboración ha sida realmente muy valiosa.

Acto seguido se fue al visófono y marcó un numero.

El rostro de Zoé apareció casi de inmediato en la pantalla.

¡ Fron! —gritó—. ¿Dónde estabas? ¡ Fui a tu habitación y...!

¡ Qué indiscreta! —rió el joven—. Una doncella entrando en la habitación de un caballero.

Déjate de bromas —replicó ella furiosa—. Sólo quería avisarte para el desayuno, so presumido. ¿Qué has estado haciendo?

He averiguado el paradero de un antiguo pretendiente a yerno del ilustre Mari Lossath.

¡ Cómo! ¿Sabes dónde está Huss?

Sí, pero ya hablaremos más tarde. Ahora hazme el favor de decir a tu padre que envíe a una pareja de guardias a que recojan un prisionero que está dormido en el apartamiento de Oreal. Mientras tanto, yo regresaré a tu casa.

Está bien —dijo ella, algo más calmada—. Pero no tardes mucho.

Eh, eh, no empieces a mandar antes de tiempo. Todavía no eres mi esposa.

Tengo que entrenarme, ¿no? —contestó Zoé, sonriendo con coquetería—. Vamos, date prisa; estoy ansiosa por tenerte de nuevo a mi lado.

¡ Qué mujer! —suspiró Fron, cortando la comunicación.

Recogió sus cosas y abandonó el apartamiento.

Cuando salía a la calle, oyó un extraño sonido.

Levantó la cabeza, vivamente alarmado. No fue el único que lo hizo.

Muy arriba, a más de trescientos metros de altura, divisó una tenue nubecilla de vapor gris.

Frunció el ceño. ¿Qué sucedía?

Sonaron voces de alarma. De súbito, un transeúnte gritó:

¡ El edificio se disgrega!

Fron echó a correr. La gente se dispersaba a la carrera en todas las direcciones.

Es cosa de ese maldito Oreal —dijo entre dientes, sin dejar de

correr.

De pronto, pasó a una cinta de diferente velocidad sin darse cuenta y rodó por el suelo. A más de uno le ocurrió también algo parecido.

Los gritos y las carreras eran continuos. Fron se incorporó y alcanzó en cuatro saltos la banda de velocidad máxima.

Volvió la cabeza, mientras la cinta le transportaba a treinta y cinco kilómetros a la hora. El altísimo rascacielos, por fortuna separado de los demás, como casi todas las construcciones, se estaba convirtiendo en polvo, disgregadas sus moléculas por la acción de alguna descarga descohesiva producida por Oreal o alguno de sus esbirros.

Inmensas nubes de polvo gris descendían lentamente a la calle, siendo arrastradas poco a poco por el leve viento que soplaba. De cuando en cuando, con demasiada frecuencia, quizá, se veían algunas manchitas rojas entre el polvo gris.

Eran los cuerpos disgregados de los habitantes del edificio, muertos por la insania de un hombre cegado por la ambición.

A poco, sólo quedaba en aquel lugar un inmenso montón de polvo gris. Cientos, tal vez miles de personas, habían muerto en contados minutos.

En aquel momento, Fron Derr se dijo que no podía dejar impune aquel horrible crimen.

* * *

Cuando llegó a la residencia, Zoé, su padre, Korsvan y alguno más, le esperaban con gran ansiedad.

Ya nos hemos enterado de lo ocurrido —dijo la muchacha.

El rostro de Fron aparecía cubierto de sombras.

Seguramente —dijo—, Oreal debía aguardar alguna respuesta de Corex, acerca de la misión que le había confiado. Al no recibirla, disparó una bomba disgregadora.

¿Desde Albyn II? — preguntó el Rector.

Tal vez él, o alguno de sus cómplices, esperaban a Corex en alguna nave situada bajo la atmósfera —contestó Fron—. Imagino que Corex debió de llegar por la azotea del edificio.

Es posible —convino la muchacha—. ¿Qué harás ahora, Fron?

Lo primero, desayunar —sonrió él—. ¿No fue a eso a lo que fuiste a mi habitación?

Zoé se sonrojó vivamente.

No digas tonterías, Fron. Ahora mismo haré que te traigan de comer. ¿Y después? —quiso saber.

Necesitaré un mapa lo más detallado posible de Albyn II.

Haré que lo traigan a esta misma habitación —prometió Lossath.

De pronto, sonó el zumbido del visófono. Uno de los presentes dio el contacto.

Residencia del Rector Lossath — dijo.

Hola —habló una voz de tonos estridentes y burlones—. ¿Está por ahí un bastardo Pesador llamado Fron Derr?

¡ Huss Oreal! —gritó Zoé, sin poder contenerse.

XIII

Fron impuso caima con la voz y el gesto.

Repórtense, por favor —aconsejó. Y se situó delante del objetivo captor de imágenes del visófono—. Estoy aquí, Oreal.

Una cínica sonrisa flotaba en los labios del sujeto.

Tú eres el Pesador que quiere ajustarme las cuentas, ¿no es así? —dijo con acento fanfarrón.

Algo por el estilo —admitió el joven.

Bien, ya me imagino que ese tonto de Corex te dijo dónde estaba yo, pero de poco te va a servir, Pesador.

Tal vez —replicó Fron.

Sí, estoy en el Mar Opaco. Justo en el centro, en un sitio donde ni siquiera uno puede verse los dedos. Y, a dos mil trescientos cincuenta kilómetros de profundidad, tengo la disgregadora del profesor Doo. Una ligera presión en un botoncito y... ¿qué crees que pasará?

No hagas trabajar mi imaginación, por favor.

Oreal soltó una estruendosa carcajada.

La verdad, tienes un magnífico sentido del humor. Bueno, como eres un Pesador, sabes de sobra lo que puede ocurrir si se rompe el equilibrio gravitatorio que une a Albynia con su satélite Albyn II. En el mejor de los casos, una vez destruido Albyn II, Albynia se saldría de su órbita, lenta pero segura.

Y al cabo de algún tiempo, caería bajo la influencia de los planetas de otro subsistema y acabaría por explotar.

Exactamente. Pero ¿qué podría importar ya a nadie esa explosión? Sobre Albynia caerían tantos y tan grandes fragmentos de su hoy satélite, que se originarían unas tremendas convulsiones

sísmicas, las cuales destruirían toda señal de vida, animal cuando menos, sobre la superficie del planeta. ¿Está clarísimo?

Como el agua.

Oreal volvió a reír.

Bien, entonces, ya no merece la pena seguir hablando. Dentro de tres días justos, apretaré el botón. Una hora antes, preguntaré si ese viejo zorro de Lossath ha hecho pública su dimisión y me ha encomendado a mí la rectoría. Si no es así..., ¡buen viaje!

Fue cortada la comunicación cuando todavía flotaban en el aire los ecos de la última carcajada de Oreal.

¡ Qué bandido! —exclamó Korsvan furioso—. Deberíamos enviar una fuerza espacial y...

Nada de eso —cortó el joven con viveza—. ¿Cree que Oreal no tiene detectores que le avisarían de las proximidades de naves extrañas?

Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Zoé, invadida por el desánimo.

Las catástrofes que ha anunciado Oreal son exactas..., serán, mejor dicho —habló Lossath—. Si yo no dimito, por supuesto.

Fron sonrió.

Antes hablábamos de cierto desayuno —dijo—. Y también de un mapa del Mar Opaco de Albyn II.

Del desayuno me encargaré yo —expresó Zoé con desenvoltura, yendo hacia la puerta.

Yo haré que traigan el mapa —ofreció Korsvan, siguiendo a la muchacha.

Poco más tarde, Fron tenía ambas cosas delante. Desayunó rápidamente y luego examinó el mapa, contenido en una proyectora, en cuya pantalla podían verse con todo detalle los accidentes de la superficie de Albyn II, y aumentar o disminuir el tamaño de la región observada, a conveniencia del observador.

Fron estuvo estudiando el sector del Mar Opaco durante largo rato. La proyectora contenía todos los detalles ecológicos del satélite, aunque él ya los conocía por encima.

La atmósfera de Albyn II consistía sobre todo en gases helados, que habían tomado estado sólido, debido a que era mundo muerto y frío, orbitado en el espacio en torno a Albynia. No obstante, en la región que los cartógrafos habían denominado Mar Opaco, existía

cierta actividad volcánica, que elevaba un tanto la temperatura superficial, lo justo para mantener los gases en su estado natural aunque altamente concentrados, lo cual causaba una total opacidad del ambiente, que había dado origen al nombre con que se conocía aquella zona del satélite.

Al cabo de un buen rato, Zoé vio que se dibujaba una tenue sonrisa en los labios del joven. La esperanza renació en su pecho.

¿Has encontrado ya la solución? —preguntó con edad.

Puede decirse que sí —respondió él, sin comprometerse a nada.

Y… ¿en qué consiste?

Fron se volvió hacia Lossath.

Señor —dijo—, necesitaría una autorización especial suya para realizar algunos trabajos en una de las factorías que fabrican pistolas descohesivas.

Korsvan se encargará de ello — contestó el rector.

Muy bien. —Fron se puso en pie—. Entonces no perdamos más tiempo.

¿Puedo ir contigo? —quiso saber la muchacha.

No es necesario. Sólo voy a trabajar allí y te aburrirías soberanamente. Espérame aquí. Volveré, creo, a la hora de la cena.

Fron se marchó, acompañado de Korsvan. Zoé quedó allí, dominando a duras penas su impaciencia.

Zoé aguardó en vano a que Fron acudiese a cenar. Esperó toda la noche.

Korsvan llegó a la mañana siguiente. Zoé fue corriendo hacia él, para preguntarle por el Pesador.

Marchó muy de madrugada hacia Albyn II — contestó Korsvan.

Pero ¿por qué no me dijo que se iba? —protestó ella, dolorida e indignada a un tiempo.

Dijo que era algo que tenía que hacer solo — repuso Korsvan.

Los ojos de la joven brillaron de un modo singular.

De modo que no quiso que fuera con él, ¿eh? —musitó.

Su padre se echó a reír.

Parece que ese chico te conoce bien Zoé.

Pero él no me conoce a mí todavía —respondió la muchacha.

* * *

El vuelo era lento y tedioso.

Fron había zarpado de Albynia cuando todavía era de noche. Dos docenas de astronaves habían despegado al mismo tiempo, en distintas direcciones, aunque con órbitas relativamente próximas al satélite, al objeto de confundir a Oreal e impedir que pudiera detectar su nave, caso de que fallara el plan ideado.

Fron había partido hacia Albyn II, pero siguiendo una dirección que, en apariencia, no le conducía al satélite. En realidad, lo que había hecho era orbitar por el espacio, con el fin de acercarse al satélite por el hemisferio opuesto al Mar Opaco. Una vez conseguida la aproximación, descendió hasta situarse a ras del suelo y voló despacio, pegado a la tierra, en dirección a su objetivo.

La superficie de Albyn II era sumamente accidentada. Casi de continuo, Fron tenía que dar grandes rodeos, a fin de eludir las altísimas cordilleras, de crestas afiladas como agujas, que le salían al paso. Volando a baja altura, evitaba la detección por el radar.

La travesía duró largas horas, casi todo un día. Al fin, cuando ya empezaba a oscurecer, Fron divisó en lontananza una nube gaseosa, gris, inmóvil, que cubría una extensa zona del horizonte..

Era el Mar Opaco, la zona de gases de enorme densidad, hasta el punto de que había científicos que sostenían que eran líquidos de menor densidad que lo habitual. Otros afirmaban que se trataba de una especie de mezcla de líquidos y de gases, en íntima suspensión, que era lo que producía aquel raro fenómeno.

En aquellos momentos, Fron le importaba un rábano lo que fuera.

Navegó unos veinte kilómetros más. Detuvo la nave casi al borde del Mar Opaco.

Presionó un botón. El vientre de la nave se abrió y una grúa dejó en el suelo un pequeño vehículo, con orugas, descubierto, prácticamente una motocicleta espacial.

Fron se puso la escafandra de vacío y cargó con algunos instrumentos que había llevado consigo. Bajó al suelo, montó en la oruga y, presionando el botón de arranque, partió de inmediato.

Un cuarto de hora más tarde, la niebla le ocultaba por completo.

Su velocidad de marcha se vio refrenada un tanto. El interior del Mar Opaco, en efecto, era considerablemente denso. Gas o líquido, se notaba en seguida su acción. Incluso por los mismos efectos del

principio de Arquímedes, Fron advirtió que su peso había disminuido bastante, aun teniendo en cuenta la menor acción de la gravedad del satélite, un veinticinco por ciento de la de Albynia.

El tiempo continuó transcurriendo. Delante de la oruga tenía una pantalla detectora, en la cual se reflejaban los menores accidentes del terreno. El suelo, sin embargo, tal vez por la misma naturaleza de! ambiente, era muy liso y el oruga se deslizaba con la única dificultad que le oponía la densísima atmósfera.

El Mar Opaco tenía justificado su nombre. Una o dos veces, Fron encendió los reflectores. El alcance de los rayos de luz quedaba limitado a un par de metros. Aun teniendo iluminada directamente la pantalla, le costaba ver sus indicaciones.

Sin luz, no veía siquiera el extremo de sus dedos.

Pasaron dos horas. De pronto, un punto luminoso chispeó en la pantalla, desplazándose con rapidez en el espacio.

El Pesador arrugó el ceño.

Era una astronave procedente de Albynia.

Fron maldijo al imprudente. ¿A quién diablos se le había ocurrido aparecer en aquellos momentos, cuando él estaba ya a muy pocos kilómetros de Oreal y, según sus impresiones, no había sido detectado todavía?

Abrió la radio. Una voz áspera llegó a sus oídos.

— ¿Quién es usted? —preguntó Oreal—. Aterrice inmediatamente o dispararé el mecanismo que disgregará el satélite.

Fron se estremeció. Si Oreal ponía la máquina en funcionamiento, una hora después, se produciría la primera descarga descohesiva. Oreal tendría tiempo más que suficiente para escapar a los efectos del estallido del satélite.

Fron detuvo la oruga. En el mismo momento, oyó en los auriculares la voz de Zoé.

¡Huss, imbécil! ¿Te has vuelto loco? ¡Deja en paz esa máquina infernal o...!

Sonó una estridente risotada.

De modo que eres tú, mi encantadora ex prometida. ¡Cuánto me alegro, querida Zoé! Baja, baja, preciosa..., y hazlo cuanto antes, porque debes saber que tengo el índice en el disparador y, si dentro de cinco minutos no has aterrizado... ¿Entiendes lo que quiero

decirte?

XIV

Fron estudió la pantalla.

Huss Oreal se hallaba a unos quince kilómetros de distancia. A la velocidad máxima que podía desarrollar en aquel ambiente le costaría unos treinta minutos situarse en las inmediaciones del campamento.

Estudió las indicaciones del nivel. El suelo descendía cada vez más hacia donde se hallaba Oreal. Esto era lógico, dadas las condiciones de aquel paraje. El nivel le dijo que se hallaba a unos cuatrocientos metros por encima de Oreal.

Desmontó del vehículo, tratando de no oír las vehementes protestas de la muchacha, entreveradas con abundantes carcajadas de Oreal. Fue hacia la parte posterior de la oruga y desató un aparato de forma oblonga, de casi un metro de largo, por otro tanto de ancho y la mitad de grueso.

En uno de sus lados, el aparato disponía de una especie de objetivo como si fuese una cámara de filmar. Tenía también un trípode de patas telescópicas, que permitió al joven dejar la caja a dos metros del suelo.

En la parte opuesta al objetivo, tenía unas esferas indicadoras y una pequeña pantalla de TV. Fron orientó el aparato, siguiendo las indicaciones de la pantalla, hasta que el objetivo estuvo en línea recta con el campamento de Oreal.

La luz del sol no llegaba a aquellos parajes, sumidos en una noche eterna. Aunque utilizaba reflectores, había momentos en que tenía que moverse a tientas.

El aparato estaba unido a otra caja por un largo cable, muy bien aislado. El cable proporcionaba la energía suficiente para el

funcionamiento de la máquina, tomada de una batería especialmente destinada al efecto.

Fron dio media vuelta a una llave. Al instante, una lucecita roja se encendió en la parte posterior del extraño artefacto.

A continuación, volvió a la oruga. Montó en el sillín y arrancó de nuevo.

Imprimió al aparato toda la velocidad posible. Aun así, la resistencia de aquella densa atmósfera le impedía avanzar al ritmo que le hubiese agradado.

Zoé había quedado ya prisionera de Oreal.

En aquellos momentos, la muchacha estaba frente a su antiguo prometido. Éste se hallaba muy satisfecho por la inesperada captura que, según manifestaciones propias, parecía un regalo llovido del cielo.

— Supongo — decía Oreal en aquel instante — que ese Pesador entrometido debe de bailarse en las inmediaciones.

Zoé cruzó los brazos sobre el pecho.

No lo sé —contestó—. Y aunque lo supiera, no lo diría, ¡miserable!

¿Habéis oído, chicos?

Oreal se volvió hacia la media docena de sujetos que le acompañaban, riendo estrepitosamente... Aunque usaban escafandras, dada la atmósfera en que se desenvolvían, empleaban las radios individuales para comunicarse entre sí.

Sonaron algunas risitas. Uno de los presentes, sin embargo, se mostró receloso.

Huss, creo que no debieras subestimar al Pesador —dijo Dena Arlan—. Es un tipo demasiado correoso...

¡Cállate, Dena! —le interrumpió Huss, con acento de suficiencia —. Es posible, lo admito, que Fron Derr haya conseguido burlar nuestros detectores, pero ¿cómo va a vernos en esta atmósfera?

Movió la mano en sentido circular. Había cinco o seis postes, cada uno de los cuales sostenía un par de reflectores. La luz de éstos, sin embargo, apenas si lograba crear un estado de penumbra crepuscular, fuera del cual, a pocos metros, sólo había tinieblas.

El sol luce por encima de nosotros —siguió Oreal—. ¿Llega su luz hasta nosotros? Además, aun cuando ese condenado Pesador se nos acercase, primero, no nos vería...

Rió, muy satisfecho.

Segundo, tengo un precioso rehén, cuya vida él querrá conservar a todo trance. Y, tercero, en el peor de los casos, no se atreverá a que yo apoye el dedo en este botoncito, ¿verdad, preciosa?

Miró atravesadamente a Zoé. La muchacha sintió frío.

Sus ojos se fijaron en la caja de control, situada sobre un poste sustentador, clavado sobre el hielo. Encima de su tapa, brillaba, de forma siniestra, un botón rojo.

El índice de Oreal se hallaba a unos centímetros del botón.

Una leve presión aquí —dijo— y dentro de una hora… ¡pum!

¡ Canalla! —murmuró Zoé con los labios apretados.

Oreal se echó a reír. Exultaba de contento.

Mañana, a estas horas, tu padre habrá dimitido en mi favor. Del resto me encargaré yo, querida. ¿Dónde te parece que vayamos a pasar la luna de miel? Aquí no, ¿verdad? Una luna de miel, paradójicamente, requiere lugares soleados…

Oreal se interrumpió de pronto.

¿Qué pasa? —dijo, mirando angustiado en torno suyo.

Zoé sintió que se le alborotaba el corazón.

Sonaron algunos gritos de alarma.

¡ La niebla se disipa!

Las luces de los reflectores palidecían con gradual rapidez. A cada segundo que transcurría, las tinieblas se disipaban con notable velocidad.

Un minuto después de haberse producido el extraño fenómeno, el suelo estaba brillantemente iluminado por la luz del sol.

Entonces todos los presentes vieron la figura de un hombre que avanzaba despacio hacia ellos.

El hombre llevaba en las manos un objeto parecido a una escopeta de doble cañón, pero de enorme calibre; cada uno de los cañones medía diez centímetros de diámetro.

Oreal —sonó la voz de Fron Derr en todos los receptores—, será mejor que te entregues.

¡ Fron! —gritó Zoé, ebria de alegría.

Apártate a un lado, Zoé —aconsejó el joven—. Y ustedes —se dirigió a los compinches de Oreal— permanezcan quietos donde están, si quieren seguir viviendo.

Zoé dio un par de saltos, facilitada su acción por la escasa

gravedad de Albyn II, y escapó de las manos de Oreal antes de que éste pudiera rehacerse.

Oreal lanzó un sonoro juramento.

¿Qué te pasa? —preguntó Fron, sonriendo bajo el casco—. ¿Te sientes molesto por no haberte dado cuenta antes de que también las moléculas de los gases pueden ser sometidas a la acción de las descargas descohesivas?

Zoé contuvo una exclamación de asombro. Así, pues, Fron había disipado las tinieblas, valiéndose de aquel singular artefacto, que debía ser una colosal pistola descohesiva, de efectos silenciosos, a juzgar por lo ocurrido hasta entonces.

Todavía no estoy derrotado —dijo Oreal, lívido de rabia. Estaba a dos pasos de la caja de control y se situó junto a la misma, colocando la mano sobre el botón rojo—. Un golpecito aquí y todo se irá al diablo, Pesador.

Fron no se inmutó.

Golpea el botón, te lo permito —dijo.

Oreal permaneció inmóvil.

Vamos, ¿a qué esperas? —exclamó el joven.

Estás fanfarroneando —dijo Oreal.

Apártese —ordenó el joven—. Si usted no quiere hacerlo, lo haré yo. Pero le advierto de antemano que esa caja de control está paralizada.

¡ Tonterías! rugió Oreal—. Lo único que quieres es apartarme de la caja. Pero no lo consentiré. Tira esa pistola o pondré en marcha el mecanismo descohesivo.

Te dije que no subestimaras al Pesador — se lamentó Dena Arlan nuevamente.

¡ Vete al infierno, estúpida! —bramó Oreal—. ¿Crees que voy a dejarme engañar por una argucia semejante?

Huss —dijo el joven con voz grave—, por si no me crees, te diré que esa caja de control está sometida a la acción de un campo de fuerza negativa, que interfiere y anula las ondas radiales que pueda emitir hacia el interior del satélite. Ese campo de fuerza —agregó— es de la misma frecuencia que la emisora de la caja de control, lo cual explica que nosotros podamos seguir utilizando los transmisores de radio.

Hubo una pausa de silencio. Oreal estaba como petrificado.

Daba la sensación de que trataba de analizar las frases que acababa de escuchar.

De repente, emitió un grito que más parecía el rugido de una fiera herida de muerte y se abalanzó sobre la caja de control.

¡No toques el botón! —gritó Fron.

Era ya tarde. Brilló un chispazo deslumbrador y Oreal se retorció sobre sí mismo. Un segundo después, se derrumbó al suelo, muerto por electrocución.

Zoé volvió la vista a un lado, estremecida de horror.

Se lo advertí —murmuró el joven con voz sombría.

Los cómplices de Oreal aparecían inmóviles, estupefactos por la muerte de su jefe.

Todos ustedes quedan detenidos —anunció el joven—. Una patrulla de Orden Espacial aterrizará dentro de poco y se los llevará a…

Las palabras del joven fueron interrumpidas de súbito por un agudo grito de la muchacha.

¡ Fron, mira!

Zoé apuntaba con el brazo hacia arriba.

Estaban en el centro de lo que parecía ser un profundísimo hoyo de paredes gaseosas, de decenas de kilómetros de altura, por unos diez de ancho. Aquél era el resultado de la descohesión molecular provocada por el joven.

Fron miró hacia arriba. Se estremeció.

Enormes cascadas de aquel gas se desplomaban sobre ellos con aterradora lentitud. Sonaron algunos gritos de alarma.

Fron comprendió en un instante lo que sucedía.

El gas actuaba según la tendencia natural de todos los cuerpos similares a ocupar los espacios vacíos. Por todas partes hacia donde miraban se veían cataratas de una sustancia gris que se derramaba desde miles de kilómetros sobre ellos.

Tenemos que escapar —dijo, agarrando la mano de la muchacha.

La pistola descohesiva…

Agoté toda la carga para despejar este espacio —contestó él, corriendo hacia el aparato que había empleado Zoé—. No tenemos otro remedio que escapar.

Un enorme chorro de gas cayó a quinientos metros,

levantándose luego en lentos surtidores de sucia espuma gris. El espectáculo era aterrador.

Fron sabía lo que ocurriría si se quedaba allí.

Durante horas, se produciría una colosal tempestad, un fabuloso remolino de gases, que arrasaría cuanto encontrase a su paso. Tornados que girarían a cientos de kilómetros por hora, devastarían el suelo, hasta que las moléculas volviesen a su primitivo estado de relativo reposo.

Alcanzaron la nave, zambulléndose en su interior. Fron cerró la escotilla de golpe.

A través de la lucerna, pudo distinguir a dos o tres desdichados que, habiéndose rezagado de los otros, no llegaban a su nave. Los infelices fueron apresados por un tremendo remolino de gas que los envolvió en sus impalpables tentáculos, ocultándolos en el acto de la vista de la pareja.

Agárrate bien —gritó Fron—. ¡ No tenemos tiempo de sujetarnos!

Puso en marcha el aparato y lo disparó hacia arriba. El hueco se rellenaba por segundos.

Sus cuerpos fueron aplastados contra los asientos. Fron sintió que se ahogaba.

El gas parecía descender a velocidad vertiginosa, pero era por efectos de la enorme velocidad de ascenso de la nave. El espectáculo era aterrador, alucinante.

La luz del sol palideció. Fron llegó a creer que no lograrían salir a tiempo al espacio libre.

Y, de pronto, vieron brillar las estrellas en una noche eterna, aterciopelada.

Fron disminuyó la velocidad. Ladeó el aparato a fin de poder mirar hacia abajo.

Es terrible —murmuró Zoé, contemplando el horroroso remolino de gases que se agitaba bajo ellos.

Fron asintió. Estableció una órbita rumbo a Albynia y conectó el piloto automático.

Se puso en pie.

Sería mejor que nos quitásemos los trajes de vacío —dijo.

Lo haré en seguida.

Fron se quitó el casco.

Así podré darte una buena zurra —dijo con severidad—. Has estado a punto de estropearlo todo.

Querido —contestó ella—, estaba ansiosa por mi Pesador…

No trates ahora de darme coba —rezongó él. De pronto, la estrechó entre sus brazos—. ¿No te arrepentirás de casarte con un hombre de mi profesión?

Ella le miró con ojos brillantes.

Las hazañas que has realizado se conocerán en todo el supersistema. Así se sabrá que un Pesador es un hombre que sólo actúa en cumplimiento de su deber. Y —concluyó ella—, le guste o no le guste a la gente, seré tu esposa.

Fron la besó suavemente.

Seguiré en mi oficio —dijo—. Hay muchos planetas que pesar; hay millones de vidas que salvar, aunque la gente no sepa reconocerlo.

Recorrerás el espacio, realizando tu labor —dijo Zoé—. Sentada al fuego, yo esperaré siempre tu regreso, orgullosa de ti.

Así sea —finalizó Fron, inclinándose para besarla de nuevo.

FIN